REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 26 DE 1933 — No. 3



Niños

TODO es juego para los niños: juego y descubrimiento gozoso. Prueban y ensayan todas las variedades del mundo: los desniveles, los colores, los árboles, los objetos fabricados y naturales, los animales, la tierra, el fuego, el aire y el agua. Juegan tanto, que juegan a jugar: juegan a emprender juegos que se van en puros preparativos y que nunca se cumplen, porque una nueva felicidad los distrae.

★

HARA diez años, los paseos y las plazas de Buenos Aires desconocían el juego de los niños. Un arco que se disparaba solo por esas calles, un par de zancos productor de rodillas peladas, el saqueo ocasional de un jardín y el humilde cielo de tiza de la rayuela, eran los únicos excesos de ese orden. La Municipalidad no fomentaba las aventuras. Ahora nuestras plazas son hospitalarias con el niño. El tobogán, las hamacas, los trapecios, las barras paralelas y los anillos, juegan infinitamente con él; los plásticos montones de arena crean la ilusión de la playa y equivalen al mar.

★

DE los niños es el reino de Dios, se lee en el Evangelio de San Marcos, en el versículo catorce del capítulo diez. Palabras dichas para siempre y de una veracidad literal, ya que en el cielo, que es el reino de Dios, el tiempo no existe — como tampoco existe para los niños. Los niños desconocen la sucesión; habitan el liviano presente, ignoran el deber de la esperanza y la gravedad del recuerdo. Viven en la más pura actualidad, casi en la eternidad.

Carátula de Parpagnoli

El Otro Lado de la Estrella ★ *por Raúl G. Tuñón*

Ilustraciones de Parpagnoli



MIMI Existen en Buenos Aires personajes de novela que se prolongan en la vida de las grandes capitales. Entes anacrónicos, cantos rodados, traídos y llevados hacia playas inexorables, gentes a quienes les ha tocado vivir del otro lado de la estrella. El mundo de la ciudad pasa indiferente al lado de esos seres. La ciudad se los traga. Nadie ve sus lágrimas, ni oye su absurdo lenguaje, ni ve la sorda carcajada que contrae sus rostros cuando estalla la locura, ni lee la simple noticia policial que habla de cadáveres hallados en el río. Nuestra profesión, que es una de las más amargas, nos ha puesto siempre en contacto con esa gente. Recordamos muchos tipos y casos. Angustiosas llamadas telefónicas, urgentes reclamos, extraños suicidios, súbitas desapariciones, lacónicos avisos. Nosotros hicimos siempre lo que pudimos. Cuando, en nuestros frecuentes viajes, perdíamos de vista a tantos desgraciados, el balance, al llegar, resultaba trágico. Fulano estaba en la cárcel y fulana se había tirado bajo un coche del subterráneo. A veces, esos personajes encuentran el camino perdido o la vida los coloca, de pronto, al revés. Una amiga nuestra, toxicómana y vagabunda, que había conocido épocas de esplendor y que venía siempre a la redacción en busca de amparo, rendida de cansancio, mordida por el delirio de las persecuciones, desapareció cierto día. Se perdió en la calle de la ciudad con su perrito sucio y su dolor, también sucio. No supimos más de ella hasta que, una mañana, recibimos una carta de un pueblo vecino. Nuestra amiga había estado por quinta vez en el hospital. Al salir, en lugar de volver al centro de la ciudad, otra vez en busca de drogas, de viejos amigos, tomó la ruta de las afueras. Un hombre simple la llevó a su chacra. Ahora, nuestra amiga, la irremediable toxicómana, da de comer a las gallinas.

¿Qué saben ustedes de Mimí, otra amiga nuestra? Mimí tiene ahora cuarenta años. Vive pobremente y está ajada y temblorosa. Hay una gran nobleza en su rostro de marioneta zarandeada, cruzado de arrugas, y una inmensa claridad en sus ojos. Hace veinte años tenía una voz espléndida. Cantaba en los teatros, posaba para los pintores y grababa los primeros discos. Tenía un temperamento parecido al de la Mimí de Murger. Pero Mimí perdió la voz. La vida le jugó una mala pasada. Como "la mujer de los gansos", que vimos interpretar a Luisa Dresser, con Jack Pickford, Mimí no conserva ni siquiera un disco, impresionante documento de su otra personalidad. Se vió de improviso desamparada, sola, fea, envejecida y olvidada por sus antiguos camaradas. Ahí está, en su pobrísimo cuarto de inquilinato, revolviendo cartas y papeles que documentan diez años de esplendor, de gloria, de pasión y de alegría. ¿No es Mimí, esta Mimí de nuestro relato, un personaje de novela de fin de siglo? Sentimos una gran simpatía y un gran afecto por Mimí. El otro día, nos dijo: "El micrófono es una máscara... podemos cantar sin que nos vean la cara... Yo podría tentar. Aun conservo la voz". Pero Mimí no conserva su antigua voz. Se le ha perdido, se le ha extraviado para siempre en esta ciudad en donde todo es fugaz, como la luz de los letreros luminosos.



EL ENVIADO DE DIOS

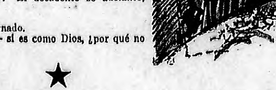


Una vez llegó a la redacción del diario un hombre vestido a la manera de la antigua Roma. Traía un grueso y largo báculo dorado. Y, lo que es extraordinario, usaba lentes. Ese hombre se decía hijo de Dios, o enviado especial, algo por el estilo. Venía a pedirnos que le consiguiéramos permiso en la policía para que lo dejaran hablar en la Plaza del Congreso. El enviado de Dios pedía permiso para hablar, como un hombre bien educado. Quería gritar cuatro verdades tremendas, como Juan, a los hombres perdidos. Después de una charla confusa, nos aseguró que él lo podía todo, puesto que era el único representante divino. Que él lo podía todo, menos conseguir permiso de la policía porteña, tan parecida a la de Nínive o Sodoma, sin duda. Nosotros, que estamos inclinados a la credulidad le creímos. Pero uno de los muchachos de la redacción, a todas luces decadente, mientras el enviado de Dios hablaba, le partió el báculo por la mitad. Cuando el enviado especial del cielo tomó el báculo para marcharse, lo hizo tan distraído y con tan mala suerte, que se fué de narices contra el suelo. Se levantó furioso, preguntando quién había partido su báculo. El decadente se adelantó, diciéndole:

—¿Usted es como Dios?

—¡Sí! — respondió el otro, indignado.

—Bueno — sonrió el incrédulo; — si es como Dios, ¿por qué no hace crecer el báculo?...



EL DEVORADOR DE AGUJAS

Otra vez vino al diario un sujeto muy curioso. Entró bruscamente a la redacción. Eran las doce del día y estábamos un grupo de muchachos deseando terminar nuestro trabajo para irnos a comer. El tipo se dirigió a mí, gritando:

—¡Yo como de todo!

—Ah, muy bien. Que Dios le conserve el apetito y no lo haga nunca periodista.

—Es que — agregó el sujeto — si quiere, me como esta bombita eléctrica...

Y sin esperar mi respuesta, el hombre se comió tranquilamente una bombita eléctrica. Todos los muchachos, cuando la fiera terminó su singular comida, se agarraron fuertemente a sus respectivas máquinas de escribir. El extraño visitante continuó su exhibición. Se comió un carretel de hilo blanco y luego otro de hilo negro. Luego se tragó un paquete de agujas, y nos dijo:

—Voy a sacarme del estómago una aguja enhebrada. ¿Con qué hilo prefieren? ¿Blanco o negro?

—Negro — dijo alguien.

Y, efectivamente, se sacó por la boca una aguja enhebrada en hilo negro.

Nos quedamos mudos. Le conseguimos un trabajo en un teatro de variedades.

Poco tiempo después supimos que ese hombre había muerto al atravesársele en la garganta una espina del pescado que estaba comiendo.

Hay extraños destinos.



EL PROFESOR ADAMS



Pero un día llegó al diario un individuo verdaderamente absurdo, que me contó lo siguiente: "Me llamo Adams y era profesor en Hamburgo. Una noche, en cierto restaurante del puerto, me presentaron a un turista inglés que nunca había bebido agua y nunca había comido pollo. Lo segundo no me pareció extraordinario, pero lo primero sí me pareció extraordinario. Me dispuse a seguir a ese hombre. Logré hacerme íntimo amigo suyo. Pude comprobar que, efectivamente, jamás comía pollo y nunca bebía agua. Estuvimos en Pekín, en Damasco, en Argel, en Sevilla, en La Habana, en Río, y venimos hace poco tiempo a Buenos Aires. Aquí para mi desgracia, el turista inglés claudicó de una manera vergonzosa. Ayer, amigo mío, después de una borrachera, el hombre se bebió una jarra de agua. Me explicó; me dijo que era a causa del whisky falsificado que había bebido la noche anterior. Con ese motivo, habló pestes de Buenos Aires y de sus taberneros. Pero, de cualquier manera, me hundió en la desolación más absoluta."

Al cerrar la puerta el profesor Adams, me quedé pensando en un individuo parecido a él. En ese individuo, que siguió durante quince años a un circo, por varios países del mundo, para ver cuándo el león se iba a comer al domador. Una noche, naturalmente, el león se comió al domador. Y fué precisamente aquí, en Buenos Aires, donde el circo hacía muy malas entradas.

★

DESAPARECIDO EN RUSIA



Perdido entre los telegramas de los diarios, hemos leído uno, lacónico, impresionante y terrible. Un ex combatiente húngaro, de nombre complicado que ahora no recordamos, un Juan cualquiera, un Juan sin Ropa, un Juan de la Guerra, apareció ahorcado en los fondos de una chacra, en una aldea húngara. He aquí la historia del pobre hombre: había hecho los cuatro años de guerra y había sido dado como "desaparecido en Rusia". Pero el pobre Juan, a los años, regresó de Rusia por la ruta de China. Había estado en Siberia. Al llegar a su pueblo comprobó que su esposa, creyéndolo muerto, se había casado con otro, y vivía feliz en su chacra. Juan, para no complicarle la vida a la mujer que adoraba, no reveló su identidad. Le fué fácil, porque los años y el sufrimiento lo habían cambiado mucho.

Para estar cerca de su mujer pidió trabajo en la chacra, y no se lo negaron. Durante seis años trabajó allí. Al cabo de ese tiempo no pudo resistir más. Agotado por los sufrimientos, se ahorcó colgándose de un árbol de los fondos. En su bolsillo encontraron los papeles que revelaron su verdadera identidad. La mujer vive ahora una pesadilla de remordimiento.

Esta es la historia de Juan de la Guerra, que regresó a Hungría por la ruta de China.

Fuga de Dos Graves Sotanas ★ *por C. Pérez Ruiz*

Ilustraciones de A. Rechain



GRAN revuelo levantó en esta ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires, allá por el año de 1699, la fuga de dos religiosos jesuítas que se encontraban presos, no en la cárcel, sino en el convento de la Merced, por respeto a su dignidad eclesiástica.

Realizaron la fuga a deshoras de la noche, consiguiendo desquiciar la puerta de la celda y evadirse sin ser notados, hasta que a la mañana siguiente, que fué la del 4 de septiembre, los religiosos encargados de la guarda notaron su ausencia y con gran celo dieron cuenta del hecho al gobernador.

Este cargo era desempeñado a la sazón por don Agustín de Robles, caballero de la Orden de Santiago, quien entre otros títulos ostentaba los de Sargento General de Batalla de los Reales Ejércitos de Su Majestad, de su Supremo Consejo de Guerra, Gobernador y Capitán General de la Provincia del Río de la Plata.

Impuesto de la situación, impartió las órdenes necesarias para evitar que los fugados consiguieran realizar sus propósitos.

A esta altura del relato creo llegada la ocasión de dar a conocer la causa por la cual dichos clérigos fueron privados de su libertad y los fines perseguidos con su fuga.

Eran los tales Fray Francisco Guarino, italiano, y Fray Juan de la Seca, español, ambos religiosos jesuítas de la Orden de San Agustín, y su llegada a estas tierras se debió a un cúmulo de circunstancias para cuyo conocimiento debemos remontarnos algunos años más atrás y trasladarnos a remotos países.

En una real cédula de 20 de noviembre de 1682 consta que monseñor Georgini, elevado a la dignidad de obispo de Samos, habiendo caído esta isla en poder de los turcos, vióse obligado a regresar a Roma, siendo deferentemente atendido por Clemente X. Trasladóse a París para gestionar la libertad de muchos de sus súbditos que se hallaban condenados a remar en las galeras de Marsella, y de allí, con fines misioneros, a Inglaterra, en donde estuvo varios meses preso.

Habiendo logrado escapar, arribó a la corte de Madrid en tan miserable condición y estado que, apiadado de su indigencia, Su Magestad católica lo autorizó a mendigar en sus dominios. Dicen que la tal autorización fué ampliamente interpretada por el prelado, ya que parece que se dedicó a negociar en toda manera, llegando hasta la imposición de órdenes sacras, con gran escándalo del mundo católico.

En su peregrinación por distintos países arribo a estas playas en una sumaca, en el mes de abril de 1695, acompañado de un séquito compuesto por Fray Francisco Guarino y Fray Juan de la Seca y dos criados de órdenes menores, portugués e inglés, respectivamente.

So pretexto de enfermedad pidió venia para saltar a tierra y habiéndole respondido el gobernador que en tal caso se trasladase a la vecina Colonia del Sacramento, y ante su persistencia, envió a la embarcación a un ayudante con doce mosqueteros y gente de mar, con orden de transportarlos a la colonia.

Sobrevino una terrible tempestad que estrelló la sumaca contra las rocas, destrozándola, y habiendo acudido tropas y negros e indios nadadores, consiguieron salvar al obispo, quien se hallaba medio ahogado y sus acompañantes bastante maltrechos. Una vez en tierra y habiendo sido atendidos en su curación por las autoridades, permanecieron recluídos con orden de ser llevados a España en el primer navío de aviso.

Alegando su extrema pobreza para mantenerse hasta la llegada de dicho navío (cuatro años) solicitó permiso para ausentarse en algún galeón y seguramente con fines de continuar sus andanzas por otros países, solicitud que le fué denegada por las autoridades.

Las órdenes fueron terminantes: debían permanecer en Buenos Aires hasta la llegada del primer navío de aviso y el obispo, sin uso de pontifical, sería trasladado al Callao y de allí a Tierra Firme para volver a España. Los otros religiosos quedarían en la ciudad recluídos en el convento de la Merced, para ser llevados a la península junto con los esclavos negros, con encargo al capitán que al arribo no los desembarcase sin orden expresa del Consejo.

Pero los animosos jesuítas, no dispuestos a dejarse llevar a la metrópoli, decidieron evadirse, lo que consiguieron estando ya a la vista el navío que los conduciría, al mando del capitán don Juan de Orbea.

Realizaron la fuga, porque no las tenían todas consigo respecto a lo que les esperaba al llegar a España, pues, como se verá, grave era la falta cometida.

En efecto, ambos religiosos, después de su accidentada llegada, presentaron al gobernador una licencia que decían otorgada por el virrey del Perú, conde de la Moncloa, en la que éste ordenaba a los jueces y ministros de Su Magestad les dieran toda clase de facilidades para que pudieran trasladarse a Lima sin ninguna clase de impedimentos. Decían en su presentación que su único delito era haber naufragado, de cuyo suceso salieron con vida por la divina providencia, y pedían la devolución de la carta del virrey en caso de no ser obedecida dicha orden.

Examinada dicha licencia y habiéndose entrado en sospechas sobre su autenticidad, ya que no condecía con la orden recibida por el gobernador, se decidió no ejecutarla, entregándose a los peticionantes testimonio de las actuaciones y enviándose los originales a Lima con una nota en la que se expresaba: "Habiendo reparado en la dicha carta y sus circunstancias, he llegado a sospechar (por lo aparejados que son estos religiosos a cualquier arrojo), que hayan fingido esta carta, porque hallándome yo con orden de V. S. en contrario, parece que esta carta debiera hablar conmigo más que con ellos, fortificando este pensamiento la celeridad con que estos religiosos pretendieron la ejecución desta carta que tan sospechosa me ha sido".

La respuesta del virrey al gobernador fué terminante; la misiva era falsificada. Dicha respuesta rezaba: "La carta citada es supuesta, pues aunque la firma está sacada con alguna semejanza, no lo está la rúbrica, ni su estilo se proporciona al de mis cartas". Y traía una nota marginal. "Lima, 15 de julio de 1699: Respecto de ser falsa y supuesta esta carta y firma della se devuelve al señor don Agustín de Robles para que se presente en donde convenga y se castigue a los que hubieren cometido el delito de suponerla".

En estas circunstancias se produjo la fuga. Las providencias adoptadas por el gobernador para la captura fueron: ordenar a los capitanes de caballos del número de la ciudad para que salieran en su seguimiento, cortándoles los caminos que iban a Chile, Tucumán y Paraguay.

He aquí alguna de sus disposiciones: "Ordeno y mando que ninguna persona de cualquier estado, condición o cualidad que sea, los encubra en sus casas, estancias o chacras, ni les dé cabalgaduras, ni avío, ni los saque de la ciudad ni de su jurisdicción, ni los guíe ni lleve a parte alguna con pretexto ninguno, pena al que lo hiciere si fuere vecino o morador de esta ciudad, de destierro de ella y perdimiento de sus bienes. Y si fuere militar, de tres años de destierro a la guardia de San Juan y de perdimiento de todos los sueldos que tuviera devengados y de todos los honores de su graduación, y si fuere forastero, de tres años de servicio en la dicha guardia de San Juan, sin sueldo y de perdimiento de todos sus bienes demás de caer los unos y los otros en un caso muy feo y de gran deservicio de ambas Magestades, y si fuere mulato, indio o negro, de doscientos azotes en las calles públicas y de cuatro años de servicio como galeote en las embarcaciones de Su Magestad, con grillete al pie" Asimismo prometía al que los denunciara, "doscientos pesos en reales".

A su vez el Dr. don Antonio de Ascona Imberto, obispo de la Provincia del Río de la Plata, del Consejo de Su Magestad, etc., etc., dictó con fecha 19 de septiembre de 1699 un auto de excomunión contra los que favoreciesen la fuga u ocultasen a los prófugos.

Los castigos prometidos, si bien no tan materiales como los del bando, los superan en mucho por lo terribles. Ordena, refiriéndose a los excomulgados, "con ánimos endurecidos, imitando la dureza de Faraón, os dejaredes estar en la dicha excomunión y censura, y porque creciendo la culpa y contumacia debe crecer la pena, mandamos a los dichos curas que en las misas mayores, los domingos y fiestas de guardar, teniendo una cruz cubierta con un velo negro, un azetre de agua y candelas encendidas os anatematicen y maldigan con las maldiciones siguientes: Malditos sean los excomulgados de Dios y de su bendita Madre. Amén. Huérfanos se vean sus hijos y sus mujeres viudas. Amén. El sol se les obscurezca de día y la luna de noche. Amén. Mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien bien les haga. Amén. Las plagas que envió Dios sobre Egipto vengan sobre ellos. Amén. Las maldiciones de todo mago Mota, Datán y Abirón, que por sus pecados tragó vivos la tierra, vengan sobre ellos. Amén. Con las demás maldiciones del salmo: Deus laudem meam ne vacueris, etc., y dichas tales maldiciones, lanzando las candelas en el agua, digan: Así como estas candelas mueren en el agua, mueran las almas de los excomulgados y bajen al infierno con la de Judas apóstata. Amén".

Pero no obstante tan terribles y frondosas imprecaciones y las ajustadas medidas adoptadas por el gobernador, los jesuítas fugitivos no pudieron ser habidos y poco a poco este episodio que en su tiempo tanto diera que hablar, se fué diluyendo entre comentarios cada vez menos frecuentes entre los tranquilos habitantes de esta ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires.

Bajo el Paraguas

PEDRO FUENTES se asoma a la calle y mira al cielo. Una gota de lluvia le hace llorar un ojo. Abre el paraguas y se incorpora a la corriente de transeúntes que enturbian el asfalto pulido por el agua.

Es la hora en que los letreros luminosos inician su danza de colores al borde de las calles.

Pedro Fuentes camina metido en su paraguas, formando mundo aparte. Así, sin ver, abajo, más que un metro de suelo, y, arriba, la bóveda negra del paraguas, tropieza y lo tropiezan, y detrás suyo va dejando un reguero de protestas y de burlas. Pero a él no le importa, mejor dicho, no se entera de ello. Todos sus sentidos convergen hacia una sola sensación: María Carmen.

★

Pedro Fuentes evoca el episodio en que su vida estuvo asociada a la de María Carmen.

Se encuentra sentado en el bar, frente al sexto cóctel del anochecer, cuando se fija en que ella le obsequia una sonrisa, desde las luces de colores que embellecen a las señoritas de la orquesta. Guarda en su espíritu el regalo, y, feliz, sale a la calle. á

Es entonces, como ahora, un anochecer lluvioso; pero para él hay sol. Los cóteles le han llenado de bruma el cerebro y se da a vagar por las calles. Ella va con él, de pie, toda celeste, entre las luces policromas, deslizando a la altura de su hombro el arco que reparte notas de violín por el salón.

Así camina hasta la media noche, hora en que el bar queda sólo poblado por las conversaciones de los clientes. Entonces vuelve y la espera. La ve, al salir, de cerca. Es morena. No tiene el mismo aspecto que ofrecía en el palco de la orquesta, pero igualmente le parece hermosa, en la penumbra de la calle, bajo la lluvia. Recibe de ella otra sonrisa y él, en cambio, le ofrece su compañía. Luego caminan ambos, ocultos bajo el paraguas, hasta que ella dice que ha llegado a su casa. Entonces se dan las manos, se miran y se besan. Y cuando María Carmen entra, él se va por la noche mojada, silbando la felicidad del beso.

¿Cuántas noches más hacen lo mismo? Muchas... Pocas... Pero el tiempo ha sido suficiente para que él llegue a juzgar tan suya a María Carmen, que se cree con derecho a regir la dirección de sus miradas y a oponer vallas a las que le dirigen los demás. Ya no puede verla en la calle ni en presencia de otro. Se lo dice y ella le responde:

—¿Estás loco?

Ese es el primer síntoma de que, al tiempo que pretende distanciarla de los demás, ella se aleja de él. Ve cómo comienza a evitar su encuentro y cómo cada vez lo abraza con brazos más débiles.

Y una noche, mientras está sentado en el bar, frente al sexto cóctel, oculto detrás de una columna, sorprende el momento en que María Carmen obsequia a un muchacho de luto una sonrisa igual a la que le dió a él por primera vez. Mira cómo el muchacho sale a la calle, contento con el regalo. Y después de la media noche, cuando el bar queda sólo poblado por el rumor de las voces, espía el acto en que el otro se acerca a María Carmen, va con ella hasta su casa y recibe un beso de despedida. Desde ese momento no puede ahuyentar de su cerebro la imagen del muchacho de luto unido a ella en un beso.

Vaga por las calles durante varias horas, y cuando la ciudad comienza a despertarse con el rodar de los primeros carruajes del amanecer, vuelve a la casa de María Carmen. La puerta ha quedado mal cerrada. Vacila un instante y luego se introduce. Busca la habitación que ella le había descripto como suya. Cuando cree haberla encontrado, empuja la puerta y entra. María Carmen está en el lecho, iluminada tenuamente por un velador. Su cara morena es ahora lívida. La contempla brevemente y se acerca. Se sienta a su lado, en la cama. Ella abre los ojos y lo mira asombrada, pero sin miedo. Murmura:

—¿Qué haces?

El dice:

—¿Ya no me quieres?

—¿Estás loco?

Intenta besarla y ella lo rechaza. Entonces la estrecha en un abrazo, un abrazo tan fuerte, que, por un instante, cree que podrá meterla en sí mismo, como si él fuera su estuche. Y cuando la deja María Carmen cae sobre el lecho, floja, como muerta. Y él se va, en puntas de pie, mirando cómo queda ella tendida en la cama, con los ojos cerrados y una intensa lividez en el rostro.

★

En los diarios de la tarde lee que en la casa de María Carmen han estrangulado a una mujer joven. Corre a la casa y allí se entera de que la muerta es ella. ¡Muerta María Carmen! Y ¿quién la mató? ¿él? No era posible. No había hecho otra cosa más que darle un abrazo, un abrazo quizá demasiado fuerte. Pero, por fuerte que sea un abrazo de amor ¿cómo puede matar? Los diarios decían que no se sabía quién era el asesino... Y él tampoco lo sabía. Pero ¿qué podía importar quién fuera el asesino? La verdad, la terrible verdad era que María Carmen estaba muerta, y él no la vería más... no la vería más...

★

Pedro Fuentes vuelve de su excursión ideal al pasado y reflexiona acerca de su presente. ¿Qué hace ahora? ¿Por qué vive? ¡Es absurdo! ¿Por qué va caminando bajo la lluvia, oculto en la bóveda negra de su paraguas? Terminar, no sentir más, hundirse misteriosamente de pronto, hundirse para siempre...

Y Pedro Fuentes experimenta una sensación de vacío, su cuerpo chasquea en algo helado, se sumerge, se asfixia...

★

Al día siguiente, un marinero dinamarqués iza de las aguas turbias del puerto un paraguas que flota a la deriva, como una embarcación de gnomos, una diminuta embarcación con casco de luto.

Manuel Alcobre

ILUSTRACION DE GUIDA

ADOLESCENCIA



TODA la furia de un viejo maniático caía sobre ellos. Día tras día tenían que soportar todas las humillaciones, todo ese odio que se acumulaba en un cuerpo raquítico y bestial. Max sentía toda su carne dolorida al contacto con los ojos verdes de su padre. Eleazar soportaba con más estoicismo el castigo y la injuria.

Fué un día de liberación cuando el viejo les gritó, más violento que nunca, mientras una espuma blanca cubría sus labios:

—¡Fuera, perros!

Entonces vivieron felices, a pesar del hambre y del sueño que los torturaba. ¿Qué no hicieron para lograr una vida simple de paz y de calma? ¿Qué no soportaron para poder liberar su espíritu, tan apagado ya por una vida sufrida entre el rencor y el odio?

No supieron nunca cómo llegaron a Conesa. Primero en el circo Rívoli, para cuidar animales; después en la Parada Lankau, como peones de tropa, hasta llegar a juntar unos pesos y arrendar el campito del indio Areco, en una hondonada.

Vida de privaciones, de miedo, hasta de hambre. Trabajaban brutalmente para amansar aquella tierra blanca y dura sobre la cual lloraron muchas veces lágrimas de rabia. Día tras día.

Fué una bendición del cielo el encuentro con Laura. Su padre era hijo de indio y blanca. Vivía a la orilla del río Negro, en un rancho de adobe y quincha, a nueve leguas de Conesa. Lila le ayudaba en su trabajo, cuando estaqueaba los cueros. Recuerdo las mañanas heladas en que el viento era cortante y el sol daba una luz blanca que llenaba de tristeza todas las cosas. Entonces el viejo se sentaba a la puerta del rancho a tomar mate o caña.

—Me hablaba de madre, a la que no conocí. Por lo menos, no la recuerdo. Yo era muy chica cuando murió. Fué en San Javier, un 18 de agosto. La apuñalearon para robar. Mi padre buscó al matador; presentía quién era. Lo encontró una noche en el boliche de Hamed. Le pegó un tiro por cada puñalada que había recibido mi madre. Ocho. Después huyó conmigo. Cambió de nombre.

Eran las palabras de Laura.

El único compañero era Yumu, un perro flaco que se aquerenció en el rancho. Lo acompañaba siempre al viejo. El viejo cantaba en la cocina las coplas que oía a los troperos cuando iba a Conesa. El fuego era vivo y el agua hervía en la pava de lata. Yumu se echaba a los pies de Laura y ella caía en un sopor lento, que la envolvía como un sudario.

Los amaneceres eran lentos y fríos. De un frío blanco que colaba las manos y la cara. Laura aprendió a rezar. El Padrenuestro y el Ave era lo único que él sabía. Se acercaba a su cama. Despacito. La acariciaba con sus manos rugosas:

—¡Laura!

Así empezaba el día. Todos iguales, lentos, sin un incidente que rompiera aquella tristeza.

Una noche el viejo fué a Conesa a comprar víveres para todo el mes. A la madrugada, Yumu volvió solo.

Soledad. Miseria. El viento implacable. Los aullidos lastimeros de Yumu.

Y más tarde, el encuentro. Max. Eleazar.

¡Sur!

Oyó un grito:

—¡Max! ¡Max!

—¿Qué te pasa? — contesta. Está cansado. Siente en sus manos hedor de putridero. La carne corrompida de las ovejas muertas.

—¡Un telegrama!

Mira a Eleazar con sorpresa. Cree en una broma. Ríe. Un telegrama... ¿Quién se iba a acordar de ellos?

—¡Murió el viejo!

Siente un estremecimiento. Ve el rostro del padre, enrojecido por la cólera. La última mirada brutal y el último grito que creía olvidado y que aún está clavado en su alma: "¡Váyanse, perros!"

—Iremos a Buenos Aires... — dice Eleazar.

—¡A vivir!

—Por fin dejaremos esta vida miserable, de privaciones y de mugre. Esta soledad que me enloquecía; esta tierra maldita.

—¡Ah! ¡Dejar, por fin ésto! Para siempre... No sentir el balido estúpido de las ovejas... No ver este cielo gris...

—¡Ya no trabajaremos más, hermanito!

—Veremos nuevas caras y otras gentes menos salvajes. Aquí siempre entre los indios borrachos, los puesteros polacos que nunca hablan, como si fueran momias, y los gringos que se matan, trabajando...

—Viviremos a lo grande. Venderemos las casas. ¡Todo!

Una alegría salvaje los posee. Sienten la presencia de Buenos Aires, con más furia aún, después de dos años de ausencia. Max parece agobiado:

—¿Y Laura? — pregunta.

—Laura no irá con nosotros.

—¿Cómo? ¿Se va a quedar aquí?

—¿Y por qué no? Ella es de aquí.

Max no dice nada, pero comprende que todo está perdido.

—Yo nunca se lo podré decir — exclama angustiado.

—Ella quedará contenta. Le dejaremos todo, las ovejas también. Es tan poca cosa, esto, comparado con la fortuna que tenemos ahora...

—Ella sufrirá mucho... mucho...

Habían compartido durante dos años el pan, la pobre pieza, y el amor de Laura.

El Sur:

La soledad y Eleazar; el galope violento en la siniestra nocha del Sur, cuando el viento lanza un terrible aullido y una lluvia unánime desgarra la tierra.

El Río Negro, impetuoso y bravío sale de su cauce, los tanques australianos desbordan su agua negra en la que flotan hojas muertas. Tiemblan las chapas de zinc de los galpones, las ruedas de los molinos parece que van a ser arrancadas por la tempestad.

Eleazar galopa en la noche. Va envuelto en su poncho encerado. La lluvia le golpea la cara, pero él no la siente.

La soledad y Max. Silencio.

La soledad y Laura. La puerta de madera, el quillango. Afuera el ladrido del perro. Adentro, los jergones limpios, la cama de fierro, pintada de blanco, los catres de los muchachos.

En el amanecer hay un frío blanco. Eleazar se levanta primero. Usa botas marrones, altas. Después se levanta Max. Toman café negro en tazas de lata.

Después se van a recorrer el campo. Laura queda sola. Hay un sol pálido. Hay un viento helado. Laura sale a buscar lenta, estiércol para el fuego. El perro la sigue.

Pasan en la cocina los mejores momentos del día. Hay olor a sopa, a churrasco. Comen con avidez, sin hablar. El agua está en una botella verde; la galleta es dura. El cuchillo no la penetra. Sólo puede masticarse calentándola primero y mojándola luego en el caldo.

Ahora descansan. Han construído galpones, cavado pozos, parado alambrados. Han levantado las tierras vírgenes. Max pocas veces se va al pueblo. No quiere ir. Lo atraen los boliches, los mostradores, el charqui que cuelga de los clavos, las canciones de los reseros. El lomo negro de las casas. Casas bajas, de puerta ancha y una luz lívida adentro. Almacenes llenos de bolsas, cajones y latas de arenques abiertas. Caminos de tierra amarillenta y apisonada. Caballo escuálido tirando de un carro. Puente de madera negra. Y un agua lenta y miserable deslizándose. En los boliches, indias populares, troperos, chacareros pobres, mineros de Aberg, guitarreros borrachos.

En el pueblo, inmigrantes, judíos, mujeres preñadas. Balbucean palabras. Hablan de la seca.

Es Max. Es poco más que un niño; ya no caza lagartos ni destripa sapos. Trabaja de la madrugada hasta la noche. Hay que hacer plata. Hay que ganar mucha plata. El pueblo está a veinte leguas. Más allá, a miles de kilómetros de Buenos Aires. El lo sabe bien.

En la pieza oscura y fría ,en la cocina cálida; en las mañanas la tierra es amplia; en el crepúsculo, cuando un enorme silencio hace desear la muerte, piensa en Laura.

Sentir en lo profundo de la noche la voz de Laura mientras el viento aullante golpea en la techumbre y la lluvia penetra en la tierra sedienta. Max está en la pieza. La lámpara da un humo negro. El acetileno apesta.

Max está lleno de tristeza y retrocede. Quisiera alejarse. Oye la voz de Laura. Max se acerca. Laura toca sus manos. El cuerpo de Laura tiembla. Max está alegre.

A veces lo visitaba Polsem, un alemán que vivía en "La Germania", colonia situada seis leguas del lugar.

Era un hombre optimista que trataba de alentarlos, dándoles consejos y ayudándolos en cuanto estuviera a su alcance.

Eleazar no lo podía ver, por el ingenuo optimismo que manifestaba en todos sus actos y palabras.

—Es que ustedes no saben trabajar, muchachos — les decía el alemán — han venido aquí con la intención de enriquecerse sin esfuerzo y en unos cuantos meses... Se pasan la vida pensando en volver a Buenos Aires... Tratan de saquear la tierra para ir a disfrutarla allá, como desagradecidos... como hacen algunos extranjeros... que exprimen la tierra hasta que ya no da más, le sacan el jugo... y después, cuando ya no es más que una hembra estéril, la dejan y se van a su patria... Y de la tierra que les dió todo nunca se acuerdan. Pero de esos alguien se encargará... no morirán tranquilos...

—No se trata de eso... Usted no puede comprender...

—Sí... si los comprendo demasiado... son muchachos, al fin... y no pueden resistir... es claro; esto es trabajo para machos... para hombres hechos... no para ustedes, chiquilines... Pero ustedes tienen algo, tienen la juventud y eso es todo... Trabajen y llegarán... pero hay que trabajar mucho... hay que trabajar mucho...

—Sí... Trabajar como burros... — dijo Max, con tono agrio — ¿y para qué... después de todo?

—Tendremos que trabajar veinte años, ahorrar sobre el hambre y la sed para después llegar a tener unos miles de pesos, cuando uno está gastado... cuando ya no sirve para nada...

—¡Mentiras! — gritaba el alemán, exaltado. — Rietti, Marinoni, Goldenberg, Páez... Todos los que ustedes conocen, hace pocos años vinieron acá y ya tienen una fortuna hecha. Vinieron acá, y morirán acá... en su ley... y yo mismo... Mi padre era chacarero en Estrasburgo.... cuando murió, yo tenía quince años, madre y tres hermanitos que sostener. Me empleé en una barbería... estudiaba de noche mecánica en la Escuela Industrial... Cuando tuve unos pesos me vine aquí con todos, sin saber qué era ésto... Iba hacia lo desconocido, hacia la aventura... Temía, no por mí, sino por mi madre y los chiquitos... En Buenos Aires sufrí mucho... pero después me vine aquí... a la tierra libre... a ser libre ,a trabajar para mí... Hoy...

—Sí... Ya conocemos esas historias fabulosas.

—¡Es la verdad! — exclamó Polsen, enojado. — ¿Ustedes qué quieren? ¿Divertirse?

—Pero vivir aquí es terrible... Esta soledad espantosa... esta gente...

—A todo se acostumbra uno... Esta gente es igual a la otra... a esa que ustedes conocen y que tanto parecen extrañar... ¿Por qué los van a despreciar? ¿Porque algunos no saben leer? ¿Porque es gente que sólo se dedica al trabajo? Pero en el fondo son más buenos que el pan... mejores que todos aquellos que dejaron allá... en Buenos Aires... donde no hay nada más que compadritos y bailarines de tango...

—¡Cómo se conoce qus usted es alemán! — dijo Eleazar, riéndose.

—Trabajen, muchachos — repitió Polsem, ya más calmado.

— No se desalienten. Lean la guía... miren si esto no es la riqueza — agregó, sacando una guía de su bolsillo y disponiéndose a leer: — "Se despachan 214 toneladas de lana, 180 toneladas de fruta de la Colonia Valentina, 4000 lanares a Bahía Blanca, 2114 toneladas de lana de Germania, 141.134 animales lanares de "El Recuerdo"... En fin, de cosas como éstas está llena la guía... Lean, léeanla... Les hace falta...

—Está escrito. Y aquello también está escrito. — Y Eleazar señaló una trágica línea de ovejas muertas y osamentas que entristecían la llanura.

—¡Yumu! ¡Yumu!

Es la voz de Laura, fresca como la pulpa de las manzanas. Un gran perro negro se abalanza sobre los dos hermanos. Lame las manos de Max.

—¡Muchachos! — grita Laura al verlos silenciosos.

Eleazar hace una seña y Max comprende.

—Vamos, Yumu — dice. Y se alejan.

—¿Qué le pasa a Max? — pregunta Laura, extrañada de esa actitud que le parece hostil.

—Mañana nos vamos.

—¿Adónde? ¿Quiénes se van?

—Max y yo. Nos vamos a Buenos Aires.

—¿Y yo, Eleazar? ¿Vas a dejarme? ¿Los dos van a dejarme? ¿Por qué se van?

—Es necesario. Ha muerto nuestro padre.

Y mintió:

—Pero volveremos.

—Y yo... ¿Qué haré mientras tanto?

—Vivirás aquí. Te lo dejamos todo.

—¿Cómo podré vivir sin ustedes? ¿No ves que es imposible?

—Es por poco tiempo, Laura.

Ella comprende que todo está perdido.

Una luz grave. Arboles de tronco blanco y gruesos nudos. Hojas pequeñas que tiemblan.

Max quiso que la cita fuese en secreto. Sería un momento de intimidad, de dolor compartido solamente por los dos.

—Me voy, Laura.

—Y no volverás nunca. ¿No es cierto?

—No sé... ¡Es tan difícil!

—Podrías quedarte...

Y mirando alrededor, como si tuviera miedo de ser escuchada:

—Vos solo, Max.

—No puedo... ¡Hay allá tántas cosas!

—Te quiero, Max, ¡te quiero tanto!

Se oyen a lo lejos los ladridos de Yumu y los gritos de Eleazar que llama:

—¡Max! ¡Max!

Pero Max está entre los brazos de Laura. No oye nada, no piensa nada. Está insensible a todo lo que no sea la tibia caricia de la carne de Laura.

—¡Quédate, Max! Quédate vos. Aquí viviremos bien los dos. Déjalo a Eleazar que se vaya solo.

Anochece.

Max está ahora decidido. Se quedará.

Y Laura lo ve alejarse lentamente por entre los árboles.

Las valijas están cerradas, todo preparado. Dentro de un momento dejarán para siempre aquella tierra oscura y miserable, aquella vida pequeña, ruín.

Eleazar sonríe. Ahora los espera Buenos Aires, la plata del viejo, la alegría de vivir, la satisfacción de todos sus deseos.

Pero ve la mirada sombría de Max.

—¿Qué tenés? ¿No estás contento?

Y Max miente:

—Sí. ¿Cómo no querés que esté contento, si nos vamos?

Se siente impotente para oponerse a la voluntad de su hermano. Pero ya lo ha decidido. Se quedará. Piensa en Laura. En los ojos de Laura, en la carne oscura de Laura.

Da vuelta despacio, muy despacio, por detrás de Eleazar, con la mano crispada en el mango del cuchillo que lleva siempre a la cintura.

Pero cuando levanta el brazo, pronto para dar el golpe, Eleazar se da vuelta. No retrocede. Lo mira un momento, hasta que Max se siente dominado y baja lentamente su brazo. El cuchillo cae con un ruido sordo sobre el piso de tierra.

—Vamos — dice sencillamente Eleazar.

Y salen bajo la luz helada de la mañana.

G. Trillo y O. Behety

kerosene
YPF
100%
argentino
LLEGO
sin humo ni olor

ELEMENTOS DE ASTROLOGIA, por CASANDRA

LA astrología debe ser una parte importante de la vida de cada persona; por eso es conveniente conocer sus grandes atributos. Es una ciencia que ya no se debe considerar empírica; cuanto más se profundiza en ella más aumenta su realidad.

El buen astrólogo que dedica su vida a estos estudios, puede pronosticar los acontecimientos con suma naturalidad.

Como la astrología es tan vasta como la humanidad misma se extenderá inevitablemente sobre la humanidad.

Desarrollando los principios de esta ciencia tan verdadera, llegará el día en que el mundo haya descifrado muchos problemas del presente y del porvenir. Aparte de todas las religiones y creencias que son exclusivamente espirituales y místicas, respetándolas porque son de la humanidad misma, debemos vivir en la realidad.

Sabemos muy bien que nuestro planeta, la Tierra, gira en el espacio sujetada por fuerzas magnéticas que dependen de nuestro sol. Es el gran magneto que da vida y calor haciendo girar sus planetas por las doce constelaciones.

Como el universo está organizado por un ser todopoderoso que nosotros llamamos Dios, no vamos a preguntar ahora por qué existimos. Sólo debemos saber que la humanidad tiene un átomo de Dios. En cada ser racional se encarna un átomo de esa divinidad.

Somos quienes regimos el mundo, somos superiores a todo lo que hay sobre la tierra, pero no podemos regirnos a nosotros mismos, precisamente porque somos débiles, unos más y otros menos, y para vencer esa debilidad debemos fortalecer nuestros espíritus y engrandecer nuestra alma. Tenemos los factores y los principios que se requieren. Cuanto más nos conocemos a nosotros mismos tanto más tenemos la seguridad de nuestra vida, de lo que podemos realizar y de lo que podemos vencer.

Todo el reino animal, vegetal y mineral está regido por nuestro sistema planetario. Por la rotación de la tierra se produce la vida y todo lo que hay en ella vive, nadie ni nada se escapa de esta vida sin haber llenado los atributos necesarios, ya sean malos o buenos, para luego desaparecer o morir.

La humanidad

Hablamos exclusivamente de ella, porque nosotros regimos al mismo tiempo los seres inferiores, comprendido también el reino vegetal, y por eso debemos conocer nuestras fuerzas y nuestra potencia.

Todo cuanto la naturaleza nos muestra está regido por nuestro sol y su sistema planetario, y nosotros también, desde el día de la concepción hasta el día de nuestra muerte, que es lo visible y latente. Cada ser lleva en su persona física y espiritual la figura celeste a la cual pertenece. El ser humano es el más perfecto que se allega y se parece a las constelaciones, precisamente porque tiene algo de divino, viéndose que va en camino de engrandecerse y de dominarse día a día. Es el cristal donde se reflejan todos los misterios de la obra de un Dios todopoderoso; por eso cada ser que nace debe saber cuál astro lo rige y de qué figura celeste ha tomado sus características y no olvidar que en el decurso del tiempo que le ha otorgado Dios debe engrandecerse y dejar sobre esta tierra sus dones, porque nada se pierde sobre la tierra.

Existe la ley de la compensación, como nosotros vulgarmente llamamos el castigo o ayuda de Dios. Esta ley vive latente en nosotros, ya sea en sus principios malos o buenos. Somos vidas que proyectamos de nuestro ser las ideas y las acciones, esparciéndolas por las órbitas hacia donde queremos llegar, y todas estas acciones se desarrollan en campos magnéticos que tienen afinidades con nuestro ser.

Una persona que tiende a ejecutar una acción encuentra campo suficiente para ello y la seguridad de efectuarla, pero esa propensión o inclinación ya está latente en ella desde la hora en que nació. Según la mala o buena acción que ejecuta, encontrará invariablemente otro ser que será la víctima o beneficiada. También de acuerdo con el horóscopo de ésta.

Todas las manifestaciones que emanan de nuestro ser tienen siempre campo propicio en otros seres, y cada acción que hacemos en la vida vuelve (aunque sean diez años más tarde) a nuestro campo magnético, y tenemos satisfacción o sufrimiento de las consecuencias de nuestros actos.

Es posible decir que uno no tiene la menor culpa o mérito de haber nacido bajo una mala o buena estrella, pero también se puede decir que uno hereda de los antepasados las malas o buenas condiciones, porque la herencia astrológica existe de padres a hijos.

Nadie nace sobre la tierra sin tener afinidad en un campo magnético del que tiende a adquirir la personalidad. Toda persona nace con miles y miles de atributos, pero predomina uno solo. Este atributo o don natural lo tiene cada uno distinto, aunque sean mellizos, viviendo su vida bajo el influjo de un fiel reflejo celeste, que se puede ver en el momento de su nacimiento.

El hombre conocedor de los atributos que le están otorgados por las potencias divinas puede fortificar y engrandecer sus buenos campos magnéticos y vencer las dificultades de la vida.

Acostumbrándose a fomentar estas buenas cualidades llega a perfeccionar su individualidad a un grado tal que puede dejar herencia de sus buenas cualidades, dando hijos más perfectos, que si se hubiese dejado llevar por la intuición natural.

Si la humanidad se esforzara en averiguar qué destino le ha sellado el momento de su nacimiento, estaría más engrandecida y perfecta, incluyendo a sus descendientes, y se verían en cada ser humano cualidades más puras, de más belleza y de más alcance para las futuras innovaciones y esplendores del mundo entero. El hombre será más bello físicamente, por las continuas y latentes cualidades de inteligencia, de justicia y de amor, que emanarán de su alma agrandada por el conocimiento del lenguaje celeste. Las guerras, los malos convenios, la falta de organización, las enemistades ocultas, los suicidios, las enfermedades, están regidos por los malos aspectos y por los planetas maléficos.

Nuestro planeta gira en torno del sol, siempre por la misma faja eclíptica de las doce constelaciones. Esta rotación dura un año hasta que la tierra vuelve a pasar otra vez por la primera constelación del Zodíaco, que es Aries, y se está un mes en ella, pasando luego a la segunda constelación, y así sucesivamente.

Las estrellas fijas a lo largo de la órbita del sol han sido divididas en grupos o constelaciones, y la tierra, vista desde el lugar del nacimiento de una persona, ha sido dividida a su vez, para su mejor estudio, en regiones que reciben el nombre de casas. Estas casas se indican por signos que representan la división en doce partes iguales del camino del sol, llamado Zodíaco.

Los signos o constelaciones influyen sobre determinadas partes de nuestro cuerpo y las casas se relacionan con las condiciones de la vida del individuo, por cuanto pertenecen a la tierra y no podemos prescindir de la influencia del medio ambiente sobre el desarrollo y características del individuo (leyes de la adaptación y selección natural de las especies).

Los demás planetas tienen su mismo destino, sólo que unos van más ligero que otros.

La astrología requiere un conocimiento muy vasto y muy perfecto de astronomía, porque un minuto más o menos basta para equivocar todo un cálculo.

Además, es preciso conocer la naturaleza intrínseca de c[illegible] planeta y las constelaciones que atraviesa en ese momento.

Como todo está regido por fuerzas superiores que son ele[illegible] magnéticas y que cada planeta emite de su órbita, el sol, con[illegible]gente y como cuerpo magnético positivo, extrae, arroja y d[illegible]rrama las emanaciones que cada cuerpo celeste produce. Cada [illegible]neta es distinto y emana diferentes composiciones. Esto se pr[illegible] físicamente por el espectro o descomposición de la luz que e[illegible]

Cada persona recibe en el momento de su nacimiento el s[illegible] correspondiente al lugar de la tierra, determinado por la longit[illegible] geocéntrica y latitud; además, el de la región celeste correspon[illegible]diente al Zodíaco, teniendo en cuenta la hora planetaria y el tiempo sideral o de las estrellas.

Según la constelación en que estén el sol y los planetas, as[illegible] también será la figura, el carácter, destino y temperamento de u[illegible] persona. Por eso el factor principal para la buena predicción de [illegible] destino es la hora exacta del nacimiento y el lugar del mismo, [illegible] la fecha y el año.

Las buenas y las malas influencias de los planetas se encarna[illegible] en la personita recién nacida, que recibe los rayos estelares en el plexo solar, que es la parte magnética del cuerpo humano, transmitiéndose si es físico en el cuerpo y si es psíquico en el espíritu. Todas las personas llevan en sí las doce constelaciones del Zodíaco escoltado por los planetas que se encuentran en dichas constelaciones.

Cada parte del cuerpo humano está regida por una constelación, y ésta a su vez por un planeta, siendo en esto lo principal el planeta regente, correspondiente a la constelación de su nacimiento, y los ángulos planetarios y sus influencias.

Los rayos estelares que influyen sobre la atmósfera dan a la primera carga de aire que aspira el recién nacido (en el oxígeno que se mezclará con la sangre) una estampa particular para cada célula, que en conjunto determinan la idiosincrasia o temperamento del individuo, que será retenido toda la vida.

La ciencia astrológica

Como la naturaleza es tan complicada, es difícil extraer de ella los principios que gobiernan los fenómenos, porque el ser humano es débil e imperfecto. Sin embargo, abarcamos ya en gran parte el secreto de la naturaleza, pero falta un eslabón que el Todopoderoso ha querido dejar en suspenso, para que el ser humano investigue y descubra en ese afán de superación que caracteriza al ser racional u hombre que fué colocado en la tierra, en un momento determinado, con atributos superiores a los demás seres irracionales. La ontogenia corresponde a la filogenia, el desarrollo de cada individuo repite el desarrollo de la especie, el embrión atraviesa en pocos meses procesos milenarios.

Ese principio nos enseña que resumimos en nosotros todos los reflejos de las especies desaparecidas y existentes y que llevamos algo de cada especie.

Estamos obligados a organizar y regir el mundo y debemos para ello perfeccionarnos.

Por lo tanto, debemos conocer todos los factores básicos que rigen la vida del individuo y que nos indica el horóscopo, para contrarrestar los malos aspectos latentes que se manifestarán en una época determinada de la vida.

Elijo el caso de un suicida. Este ya tiene en su mapa natal el aspecto que por ley natural lo predestina a suicidarse. Este suicida llega al momento predestinado, pero si supiera que su peligro es mayor en un día determinado cuando pasa un cuerpo celeste maléfico por ese campo magnético, lo podría contrarrestar con su voluntad y al mismo tiempo ganaría serenidad para otros peligros futuros. Lo mismo digo de las personas de instintos criminales, cleptómanos, beodos, y de las afectas a drogas nocivas, y de las que tienen grandes defectos. No dejamos a un lado aquellos seres privilegiados que se acercan a la perfección, por cuanto pueden perfeccionarse aún más y ocupar un lugar destacado para dejar a sus descendientes esas características adquiridas que se transmiten por herencia.

No creo en el fatalismo, porque tenemos otra voluntad que es muy superior a la que conocemos. He conocido muchos casos de verdadero peligro contrarrestados victoriosamente después, gracias a la ciencia astrológica.

No debemos confundir la astrología con el ocultismo, espiritismo o adivinación, en las que intervienen factores sobrenaturales que la ciencia no ha comprobado. La astrología se basa en hechos reales y no místicos, porque, como lo hemos demostrado, son muchas las ciencias que coadyuvan a formar esta otra ciencia, tan complicada aparentemente, pero tan real. Los hechos aparecen y se suceden tal como los predice el horóscopo.

Romance de Juan Gamarra

por

Francisco Espínola

★



¡OH, Juan Gamarra! ¡Oh, ánimo flaco en los lejanos días del Mal Abrigo! ¡Fruto ácido el del amor de una noche de una india misionera y un brasilero prófugo que encontró Juan Gamarra de sirvienta en [illegible]na estancia, y se llevó en ancas portando a la vez su infor[illegible]nio! En el rancho asentado en [illegible] más abrupto, un solo despo[illegible]o a ejercerse, una sola boca [illegible]negar y maldecir, una eter[illegible] disconformidad entre la paz [illegible]na. Desde que, de vuelta de [illegible] pruebas en la pulpería, [illegible]on el niño, — con el ni[illegible] madre recién envuelta en [illegible]o vacuno, sola ya en la [illegible] costado del camino, des[illegible]al caer del trapecio —, [illegible] cayó con el niño, en[illegible]s se repartieron los [illegible] que hervían en el al[illegible]émina. Para él un ali[illegible]lla, un acicate...

[illegible]n Gamarra débil! [illegible]amarra de facón a [illegible] de brazo ejemplar [illegible] y las boleadoras, [illegible]e los improperios, [illegible]s de estanqueado [illegible]astigos al infante. Las chancletas aspeantes de [illegible] arpía, ¡cómo dejaban devastados los corrales de trocitos de ramas, los rebaños celosamente repuntados por el hombre entre las osamentas de lanares, rústicos juguetes! Mas, para consuelo, ¡qué lindas horas a la orilla de las linfas transparentes, entre los montes ásperos, cuando Juan Gamarra, a solas con el adoptado, volvía a recobrarse! Era entonces algo más que Juan Gamarra. Era el verdadero, el que hubiera deseado ser. Y lo cierto y la mentira bebía ávidamente el alma del pequeño sin que, ebrio y grave ante el íntimo turbión, el parlante fuese capaz de distinguir la verdad del engaño.

—Una vez yo..

—Hace ya años...

—Cuando usté m'hijito, andaba entuavía ajuera'el mundo...

Y la aventura del baile de las Morales, donde sólo hubo un hecho real: su presencia en la fiesta, sin desafío con el taita, — pie con pie, brazo izquierdo a la espalda —, sin mujer que se interpusiera y lo abrazara llorando en la revelación, al fin, de una pasión secreta. Y la de aquella relampagueada noche, a cuchilladas con Mandinga, jinete el diablo en un redomón negro que al desviarse en sus corcovos lo salvó del lanzazo... Esto acrecía el amor admirado que la bondad de Juan Gamarra despertara embargador en el recogido. Y cuando en los cálidos atardeceres se disponían a bañarse allá entre las flores azules donde el molusco fija su nidal rosado, ¡qué arcanas sensaciones despertaban en el niño las plegarias ininteligibles, los resonantes golpes en el pecho velludo, aquellas, aquellas manos unidas y elevadas al cielo, previos siempre a las resollantes inmersiones! Y luego, los secretos de la sierra, las ocultas virtudes de los yuyos, los misterios zoológicos: la ciencia bruja.

—Usté, cuando ella no esté, llamamé siempre tío.

¿Qué íntima necesidad satisfacía?

—¡Tío Gamarra! ¡Tío Gamarra!

Y a solicitud del niño, Juan Gamarra enternecido, grato al tratamiento, predecía el tiempo, detuvo hasta a un pampero clavando una estaca entre signos cabalísticos, afrontándolo luego sobre un peñón de la sierra formando una cruz con sus brazos extendidos.

¡Oh, Juan Gamarra bueno, que se levantó de un salto del cráneo de vaca donde se sentaba, al rodar el niño por tierra cuando la astilla de leña certeramente dirigida partió el espinazo! ¡Oh, Juan Gamarra débil, que agarró el asiento por un asta y no lo abatió sobre la testa desgreñada!

Agachado ya para siempre, aún dolido, a los meses, tornaron las horas de admiración, asombros y escondida dicha. La guarida de un tigre ultimado hacía ya tiempo, gruta lóbrega, alumbrada con velones de sebo hurtados en la cocina entre sobresaltos, otorgaba ambiente propicio a las imaginaciones febricitantes.

¡Oh, Juan Gamarra!, con sus misteriosas salidas en la alta noche, escalofriando al niño hecho un ovillo en el lecho de chalas; con sus regresos sigilosos antes del alba, y aquel retumbar del pecho golpeado isócrono, apagada ya la vela! Bum... bum... bum... llegaba al oído del gurí en el cuarto, a veces ya con rayas celestes en la puerta y el ventanillo. Bum... bum... bum...

—Tío ha salido a andar con los vientos... Tío andará sonsacándole a la luna...

Y desgarraba las mallas retornantes del sueño su conciencia alucinada.

¡Galope desenfrenado hasta los mismos ranchos el de aquel amanecer! Y a poco entró Juan Gamarra apuntalando puertas. Crecía el día fresco y oloroso. Por el patio cruzaban rumorosas las aves caseras. El niño oyó registrar en la repisa donde se guardaba el gran pistolón de doble caño. Y una mirada al sesgo permitió ver a Juan Gamarra ¡acostándose vestido! Bum... bum... ¡Qué potentes!

Por el hombro de los cuatro milicos sobresalían las carabinas terciadas a la espalda, aquella mañana, el sol ya alto, cuando venían llegando. Atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, se lo llevaron sin que él dijera una palabra. Carnear una ovejita de vez en cuando, en majada ajena, en rebaños enormes, pobladores de vastas extensiones que el horizonte no limita; carnear en majada ajena cuando no se tiene majada, no se puede.

¡Juan Gamarra hasta la comisaría distante! Y luego hasta el pueblo lejano para atravesarlo así, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, sin decir palabra; mientras se agolpaban en las calles los pueblerinos por ver el pasaje, hasta que rechinaron ya, y, por fin, tamaños cerrojos. ¡Y el niño arqueado y sin compaña; el espíritu sin nido, ahora, entre la menopáusica protervia!

Cuando aquel jinete extraviado en la serranía cayó al rancho; cuando mientras sorbía el mate confesó que sólo había comido durante la jornada unos pasteles comprados a un chiquilín, saliendo del pueblo, el jorobadito sintió que, de pronto, su doliente cautiverio abría una puerta esperanzada.

Tenía un cardenal azul en jaula colgada del ombú durante el día, junto a su camastro por la noche. Silbándose pasábanse las horas. El ave quién sabe qué. El niño afinando hasta deslizarlos por el silbo pensamientos motivados por su "tío". En su puerilidad, concebía la expiación como un peregrinaje sin descanso ni retorno a través de sierras, de montes, de pampas; cruzando ríos, esteros y charcales; siempre marchando, siempre atadas las manos, siempre atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, sin decir palabra, delante del milicaje. Pero algo confluía también en el trino que emulaba con tanto donaire la garganta azul. Era su imagen contrahecha con un cordel por el cuello, de cuyas puntas pendía una canasta repleta de pasteles... Y retiraban pasteles, a cambio de monedas, manos que surgían de todas partes: breves unas, impacientes, de niños; otras grandes, tostadas como las viejas manos queridas.

Roncaba ya, aquella noche, la maldita. La aldaba de la puerta ascendió y bajó sin ruido. Como de mono en lo obscuro, el deforme cuerpito se escurrió hacia afuera. El cardenal azul debatióse contra la jaula hasta que la mano cuidadosa lo retiró y lo albergó en el seno. Ya a la media legua el jorobadito comenzó a silbar. Pero el plumado seguía mudo. El niño también sentía terror. La sierra, embrujada por la noche, estaba poblada de monstruos a la difusa claridad estelar; el retorcimiento de los talas eran brazos, dedos malos. Si silbaba era por eso, para que le contestara la avecilla y acompañarse así, en el tránsito... Negras culebras y serpientes negras tropezaban los tamanguitos de sus pies. Los ruidos de la noche, el gritar de algún zorro, esos graznidos ásperos de las rapaces nocturnas cayendo en el silencio que los traga al instante para llegar él sólo, él mismo a los tímpanos, desde por los pies hasta por los pelos... Ante una duda atroz se apagó el silbo sin respuesta. Pero no, llevándolo junto a sus ojos, vió abiertos los ojos del pajarito.

Luego la aurora, transmutando en bondades lo perverso. Cuando salió el sol, se hallaba ya próximo a la llanura. El camino que llega hasta el pueblo pasaba lejos. Pero se le veía desde allí enhebrando las lomas. Lo transitaría de noche, por si se le buscaba.

Comió un trozo de pan. Introdújole unas migajas por el pico al mustio compañero, y, poniéndoselo en un bolsillo de la chaqueta, que su mano, a la vez cerraba y ensanchaba, se ocultó bajo la saliente de una roca y se durmió sentado.

Ya el sol mediaba el cielo cuando entreabrió los ojos. Ciego, refunfuñante, dolorido. Buscando alivio, se dejó caer de lado. Y el cansancio y el sueño lo apretaron de nuevo en el suelo... estaban en la guarida del felino, bajo los velones vibrantes. ¡Oh, Juan Gamarra habilidoso! Los delgados tientos se cruzan, se abren, vuelven a estrecharse y confundirse. ¡Oh Juan Gamarra taumaturgo, sanando al peticito con sus palabras sagradas! "Tío Gamarra, yo siento ocasiones una musiquita linda y un redoble 'e tambor y ruido 'e platillos". "Esa es la del círculo donde vos nacistes. Cuando aparecía tu madre, era como si se apareciera un ángel del cielo. Muy ajustadita ella en su traje de lentejuelas. Muy calladita y como mirando pa otro mundo..." Ahora aquella como ángel del cielo, de cuerpo donde la luz reverberaba, está a su lado. ¿Cómo se puede volar así, sin alas? Ella asciende en el aire con el jorobadito en brazos; se siente en las mejillas el fresco de la brisa que atraviesan raudos. El acurrucado lleva las manos rebosantes de minúsculas plaquillas de cristal. Fulguran en sus manos junto a la resplandeciente. Calladitos ambos. Como mirando hacia otro mundo.... Mas, ¿quién rasguña, ahora? ¿Quien arrima su mano como garras a la carga de la alígera, ascendente iluminada?

¡Mujer de Juan Gamarra!

Bruscamente despertó. Se [illegible]volvió manoteando la pesadilla aún pegajosa. Y un súbito pensamiento lo hizo poner de pie de un salto. Se tanteó el bolsillo, pavorido. Y metiendo dentro, temblando, la mano, retir[illegible] una piltrafa de sangre y plumas azules.

Estaba de espaldas a la roca, frente al campo largo.

¡Qué largo el campo, qué largo!

Cuando pudo llorar, ya se había acercado la noche. Y sobre el rocío, la luz lunar, en torno al niño, derramaba telas sutiles de lentejuelas iridiscentes como la abandonada vestidura de una trapecista.

¡Asador el fuego encendido con los fósforos furtivamente acumulados uno a uno! Las tiernas mazorcas arrebatadas al lindero maizal, ¡qué sabrosas! Apenas un humito, incapaz de delatar, en el zanjón profundo.

¡Buena persona el boyero! ¡Barroso! ¡Barroso, guey! Y el gurí muy sentado en la carreta, allá, arriba de los fardos de cuero. ¡Gueya! ¡Gueya, guey!

Desde la barraca del desecgo ¡qué lucerío!...

Historia Universal de la Infamia

por Jorge Luis Borges ★ *Ilustró Güida*

La Viuda Ching





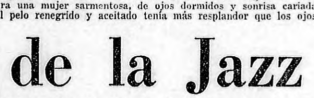
LA palabra "corsarias" corre el albur de despertar un recuerdo que es vagamente incómodo: el de una ya descolorida zarzuela, con sus teorías de evidentes mucamas, que hacían de piratas coreográficas en mares de vistoso cartón. Sin embargo, ha habido corsarias: mujeres hábiles en la maniobra marinera, en el gobierno de tripulaciones bestiales y en la persecución y saqueo de naves de alto bordo. Una de ellas fué Mary Read, que declaró una vez que la profesión de pirata no era para cualquiera, y que, para ejercerla con dignidad, era preciso ser un hombre de coraje, como ella. En los charros principios de su carrera, cuando no era aún capitana, uno de sus amantes fué injuriado por el matón de a bordo. Mary lo retó a duelo, y se batió con él a dos manos, según la antigua usanza de las islas del Mar Caribe: el profundo y precario pistolón en la mano izquierda, el sable fiel en la derecha. El pistolón falló, pero la espada se portó como buena... Hacia 1720, la arriesgada carrera de Mary Read fué interrumpida por una horca española, en Santiago de la Vega (Jamaica).

Otra pirata de esos mares fué Anne Bonney, que era una irlandesa resplandeciente. de senos altos y de pelo fogoso, que más de una vez arriesgó su cuerpo adorable en el violento asalto de naves. Fué compañera de armas de Mary Read, y finalmente de horca. Su amante, el capitán John Rackam, tuvo también su nudo corredizo en esa función. Anne, despectiva, dió con esta áspera variante de la reconvención de Aixa a Boabdil: "Si te hubieras batido como un hombre, no te ahorcarían como a un perro."

Otra, más venturosa y longeva, fué una pirata que operó en las aguas del Asia, desde el Mar Amarillo hasta los ríos de la frontera del Annam. Hablo de la aguerrida viuda de Ching.

Los años de aprendizaje

Hacia 1797, los accionistas de las muchas escuadras piráticas de ese mar determinaron una fusión y nombraron almirante a un tal Ching, hombre justiciero y probado. Este fué tan severo y ejemplar en el saqueo de las costas, que los habitantes despavoridos imploraron con dádivas y lágrimas el socorro imperial. Su lastimosa petición no fué desoída: recibieron la orden de poner fuego a sus aldeas, de olvidar sus quehaceres de pesquería, de emigrar tierra adentro y aprender una ciencia desconocida llamada agricultura. Así lo hicieron, y los frustrados invasores no hallaron sino costas en ruina. Tuvieron que entregarse, por consiguiente, al asalto de naves: depredación aún más nociva que la anterior, pues molestaba seriamente al comercio. El gobierno imperial no vaciló, y ordenó a los antiguos pescadores el abandono del arado y la yunta y la restauración de remos y redes. Estos se amotinaron, fieles al antiguo temor, y las autoridades resolvieron otra conducta: nombrar al almirante Ching, jefe de los Establos Reales. Este iba a aceptar el soborno. Los accionistas lo supieron a tiempo, y su virtuosa indignación se expresó en un plato de orugas envenenadas, cocidas con arroz. La golosina fué fatal: el antiguo almirante y novel jefe de los Establos entregó su alma a las divinidades del mar. La viuda, transfigurada por la doble traición, congregó a los piratas, les reveló el enredado caso y los instó a rehusar la clemencia falaz del Emperador y el ingrato servicio de los accionistas de afición envenenadora. Les propuso el abordaje por cuenta propia y la votación de un nuevo almirante. La elegida fué ella. Era una mujer sarmentosa, de ojos dormidos y sonrisa cariada. El pelo renegrido y aceitado tenía más resplandor que los ojos.



A sus tranquilas órdenes, las naves se lanzaron al peligro y al alto mar.

El comando

Trece años de metódica aventura se sucedieron. Seis escuadrillas integraban la armada, bajo banderas de diverso color: la roja, la amarilla, la verde, la negra, la morada y la de la serpiente, que era la de la nave capitana. Los jefes se llamaban Pájaro y Piedra, Castigo del Agua de la Mañana, Joya de la Tripulación, Ola con Muchos Peces y Sol Alto. El reglamento, redactado por la viuda Ching en persona, es de una inapelable severidad, y su estilo justo y lacónico prescinde de las desfallecidas flores retóricas que prestan una majestad más bien irrisoria a la manera china oficial, de la que ofreceremos después algunos alarmantes ejemplos. Copio algunos artículos:

"Todos los bienes trasbordados de naves enemigas, pasarán a un depósito y serán allí registrados. Una quinta parte de lo aportado por cada pirata le será entregada después; el resto quedará en el depósito. La violación de esta ordenanza es la muerte.

"La pena del pirata que hubiere abandonado su puesto sin permiso especial, será la perforación pública de sus orejas. La reincidencia en esta falta es la muerte.

"El comercio con las mujeres arrebatadas en las aldeas queda prohibido sobre cubierta; deberá limitarse a la bodega y nunca sin el permiso del sobrecargo. La violación de esta ordenanza es la muerte."

Informes suministrados por prisioneros, aseguran que el rancho de esos piratas consistía principalmente en galleta, en obesas ratas cebadas y arroz cocido, y que, en los días de combate, solían mezclar pólvora con su alcohol. Naipes y dados fraudulentos, la copa y el rectángulo del "fantan", la visionaria pipa del opio y la lamparita, distraían las horas. Dos espadas de empleo simultáneo eran las armas preferidas. Antes del abordaje solían rociarse el amarillo cuerpo de reptil con una infusión de ajo; seguro talismán contra la ofensa de las bocas de fuego.

La tripulación viajaba con sus mujeres, pero el capitán con su harem, que era de cinco o seis, y que solían renovar las victorias.

Habia Kia-King, el joven emperador

A mediados de 1809, se promulgó un edicto imperial, del que traslado la primera parte y la última. Muchos criticaron su estilo:

"Hombres desventurados y dañinos, hombres que pisan el pan, hombres que desatienden el clamor de los cobradores de impuestos y de los huérfanos, hombres en cuya ropa interior están figurados el fénix y el dragón, hombres que niegan la verdad de los libros impresos, hombres que dejan que sus lágrimas corran mirando el Norte, molestan la ventura de nuestros ríos y la antigua confianza de nuestros mares. En barcos averiados y deleznables afrontan noche y día la tempestad. Su objeto no es benévolo: no son ni fueron nunca los verdaderos amigos del navegante. Lejos de prestarle su ayuda, lo acometen con ferocísimo impulso y lo convidan a la ruina, a la mutilación o a la muerte. Violan así las leyes naturales del Universo, de suerte que los ríos se desbordan, las riberas se anegan, los hijos se vuelven contra los padres y los principios de humedad y sequía son alterados...

Por consiguiente os encomiendo el castigo, Almirante Kvo-Lang. No pongáis en olvido que la clemencia es un atributo imperial y que sería presunción en un súbdito intentar asumirla. Sed cruel, sed justo, sed obedecido, sed victorioso.

La referencia incidental a las embarcaciones averiadas era, naturalmente, falsa. Su fin era levantar el coraje de la expedición de Kvo-Lang. Noventa días después, las fuerzas de la viuda Ching se enfrentaron con las del Imperio Central. Casi mil naves combatieron de sol a sol. Las fuerzas del Imperio fueron deshechas. Ni el prohibido perdón ni la recomendada crueldad tuvieron ocasión de ejercerse. Kvo-Lang observó un rito que nuestros generales derrotados prefieren omitir: se suicidó.

Las riberas despavoridas

Entonces los seiscientos juncos de guerra y los cuarenta mil piratas victoriosos de la Viuda soberbia remontaron las bocas del Si-Kiang, multiplicando incendios y fiestas espantosas y huérfanos a babor y estribor. Hubo aldeas enteras arrasadas. En una sola de ellas, la cifra de los prisioneros pasó de mil. Ciento veinte mujeres que solicitaron en vano el confuso amparo de los juncales y arrozales vecinos, fueron vendidas luego en Macao. Aunque lejanas, las miserables lágrimas y lutos de esa depredación llegaron a noticias de Kia-King, el Hijo del Cielo. Ciertos historiadores pretenden que le dolieron menos que el desastre de su expedición punitiva. Lo cierto es que organizó una segunda, terrible en estandartes, en marineros, en soldados, en pertrechos de guerra, en provisiones, en augures y astrólogos. El comando recayó esta vez en Ting-Kvei. Esa pesada muchedumbre de naves remontó el delta del Si-Kiang y cerró el paso de la escuadra pirática. La Viuda se aprestó para la batalla. La sabía difícil, muy difícil, casi desesperada; noches y meses de saqueo y de ocio habían aflojado a sus hombres. La batalla nunca empezaba. Sin apuro el sol se levantaba y se ponía sobre las cañas trémulas. Los hombres y las armas velaban. Los mediodías eran más poderosos, las siestas infinitas.

El dragón y la zorra

Sin embargo, altas bandadas perezosas de livianos dragones surgían cada atardecer de las naves de la escuadra imperial y se posaban con delicadeza en el agua y en las cubiertas enemigas. Eran aéreas construcciones de papel y de caña, a modo de cometas, y su plateada o roja superficie repetía idénticos caracteres. La Viuda examinó con ansiedad esos regulares meteoros y leyó en ellos la lenta y confusa fábula de un dragón, que siempre había protegido a una zorra, a pesar de sus largas ingratitudes y constantes delitos. Se adelgazó la luna en el cielo y las figuras de papel y de caña traían cada tarde la misma historia, con casi imperceptibles variantes. La Viuda se afligía y pensaba. Cuando la luna se llenó en el cielo y en el agua rojiza, la historia pareció tocar a su fin. Nadie podía predecir si un ilimitado perdón o si un ilimitado castigo se abatirían sobre la zorra, pero el inevitable fin se acercaba. La Viuda comprendió. Arrojó sus dos espadas al río, se arrodilló en un bote y ordenó que la condujeran hasta la nave del comando imperial.

Era el atardecer; el cielo estaba lleno de dragones, esta vez amarillos. La Viuda murmuraba una frase. "La zorra busca el ala del dragón", dijo al subir a bordo.

La apoteósis

Los cronistas refieren que la zorra obtuvo su perdón y dedicó su lenta vejez al contrabando de opio. Dejó de ser la Viuda, asumió un nombre cuya traducción española es Brillo de la Verdadera Instrucción.

Desde entonces (dice el historiador Yuentse-Yung-Lun) los barcos recobraron la paz. Los cuatro mares y los ríos innumerables fueron seguros y felices caminos.

Los labradores pudieron vender las espadas y comprar bueyes para el arado de sus campos. Hicieron sacrificios, ofrecieron plegarias en las cumbres de las montañas y se regocijaron durante el día cantando atrás de biombos.

Nacimiento de la Jazz

LA leyenda quiere que sea un negro, Jazzbo (algunos se atreven a agregarle un apellido, común en inglés como Pérez en español, Brown), el que dió su nombre a la música que en los días subsiguientes a la guerra se impuso a los ávidos públicos de los "dancings" internacionales.

—¡Más Jazz, más Jazz!—gritaban los parroquianos del poco precisable cafetín del Sur de los Estados Unidos, donde el pianista Jazzbo (otros lo prefieren trombonista) frenetizaba a su cuerpo de alaridos y contorsiones, cubriendo su cuerpo como de una túnica de llamas, incendiando la sangre de los espectadores casi tanto como el alcohol. Todo como en un delirio, apropiado para el nacimiento de una leyenda que sólo nos ha dejado, como un puñado de ceniza, la primera sílaba de su nombre.

Yo prefiero un nacimiento de la jazz menos espectacular. Saliendo del trabajo brutal y sin consuelo de los algodonales, reverberantes bajo el sol de Virginia, cuyo ritmo se hacía menos pesado con el canto. Relatando agudas nostalgias a orillas del Mississippi. Desgarrándose en las altas noches de Georgia, cercadas por el acecho horrible de las ciénagas y los pantanos. Sujeto a la delicada lentitud de todo nacimiento.

Los negros traían de Africa su aptitud para el ritmo y el canto. Pronto Africa, con sus danzas interminables a la luz de la luna y el mágico y monótono repercutir de su tam-tam, se convertiría en un lejano telón de fondo. No en vano, desde aquel lejano día del año 1619, consignado en el diario de John Rolfe con esta sencilla y para mí cruel frase: "Al final de agosto vino un holandés que nos vendió veinte negros", los negros comenzaron a comer el amargo pan del cautiverio.

El Sur no los quería sino como esclavos. Entre las increíbles causas que provocan el lynchamiento se consigna ésta: "por querer progresar".

Un hombre de color educa su familia. Comienza a usar cuello. Ha reunido algunos fondos y rescata a sus parientes de la esclavitud. El blanco no ve esto con buenos ojos. Y una noche su casa arde, las mujeres de su familia golpeadas hasta el cansancio, son arrojadas entre el fango, en medio del camino. Su temblorosa ancianidad y el decoro de esta ancianidad — los fuertes hijos varones — sucumben o si se han salvado retornan a la esclavitud, bajo el látigo de los mismos asesinos de los suyos. Para ser entregados a este destino, para que todos los días se agrandara como una llaga, el sufrimiento de sus descendientes, desembarcaron, en un triste día de 1619, los primeros negros, para ser llevados a la perdida aldea de Jamestown, en Virginia.

Gracias al martirio, esta raza sufriente, tiene un poco de historia. En antiguos diarios del Sur se consignan avisos así: "Se gratificará al que devuelva una muchacha (aquí los datos personales)... Se ausentó, seguramente, en busca de su madre, etc." "El día 18 desapareció el esclavo Jim. ¡Autoridades y vecinos! Se ruega vigilar las cercanías de la hacienda de Joe Brown, donde el nombrado tiene un hijo".

Estos avisos, que revelan un alma glacial en sus redactores, se publican después que ha fracasado la persecución de perros lanzados sobre la pista del evadido, el que si es alcanzado sucumbirá bajo sus dentelladas.

El pudoroso Sur inventa otro delito, al que llama "habitual": la violación.

No es necesario que se cumpla. Basta una mirada de un negro mal interpretada por una señorita histérica, prevenida por la leyenda, para que la multitud acuda y destroce, sin mayores averiguaciones, al pretendido violador. Si éste sale con vida del trance y se apodera de él la justicia, su destino no varía. Aunque las constancias del juicio le sean favorables, un empecinado y atroz sadismo lo persigue. Arrebatado de la cárcel por los vecinos, se le aplica la ley de Lynch: ahorcamiento, hoguera, fusilamiento, demolición de sus músculos y huesos a trompadas y patadas.

A veces el refinamiento de los verdugos superpone o alterna estos métodos, en un infamante vértigo de crueldad. ¿Qué hizo aquel negro en Georgia al que ataron a un árbol y quemaron a fuego lento? Contrariamente a la autorizada palabra de Torquemada, pienso que por más esfuerzos que se hagan no se puede merecer ese castigo. Pero lo cierto es que un negro, un hombre que llevaba sellada sobre su rostro la fatalidad de una peculiar pigmentación y se llamaba (se olvidaron de quemarle el nombre) Abraham Nicktown, ardió durante cuatro horas y treinta y seis minutos bajo el tranquilo cielo de Georgia. Fué en setiembre de 1842. La precisión con que procedieron: he aquí lo único que no se puede reprochar a los victimarios. La hoguera se hizo con leña verde y fué colocada a una distancia de una extraordinaria eficacia para lo que se proyectaba: hacer durable el minucioso incendio de un hombre. Abraham no se quejó. De la atrocidad de su suplicio sólo da cuenta un hecho. A las dos horas de iniciado, con un esfuerzo titánico, Abraham desligó sus brazos y extendiéndolos hasta la hoguera, se apoderó de carbones encendidos que llevó a su boca, para apresurar la terminación del martirio. En la boca de muchos de sus hermanos, la ardiente quemadura se hizo canto.

No es extraño que uno de los versos de Po'boy Blues diga: "quisiera no haber nacido..."

El sufrimiento, cuando se transfigura en arte, y este arte carece de todo rencor (es decir, que no adopta el detestable ropaje de los sonetos y odas condenatorias tipo Mármol) adquiere una tonalidad profunda y comunicativa. Es por eso que ciertos blues negros se llegan a nosotros con la confusa opresión que nos desazona en la noche, al escuchar el llanto lejano de un niño. En ellos suena algo manso y resignado, algo que ya ni piensa en recobrar lo perdido y que cuida de que sus lamentos no molesten a nadie. Dolor cortés y reservado, cuya anotación apenas trasciende a la letra, que no especifica detalles, sólo apunta su angustiado esplendor en el desgarrado canto.

"en el cielo todos tendremos botines..."

dice un antiguo "spiritual". Deseos mínimos, expresados por gargantas convulsas, cansadas, como si sobre ellas pesara el ardimiento de una sed inextinguible.

Había, sin embargo, un pequeño consuelo. Los protestantes los dejaron adorar al Dios de los cristianos. El "voodoo" no se borró nunca del todo: los oficios terminaban en un confuso frenesí de danzas y de gritos. Muchos "spirituals" siguen su desarrollo. "Honey", grabado por los "Dixie Jubilee Singers", es una buena muestra. Otros se alejan bastante, pero siempre traen el recuerdo del solista al que responde el exaltado coro de los fieles.

Con los elementos que daban los corales (generalmente de Bach), ejecutados en los templos y su aptitud natural para el ritmo y el canto, nacieron los primeros conjuntos. El tono lo suministraba un instrumento cualquiera, cornetín o banjo. Del resto se encargaban los cantores, acompañándose a ratos con sonidos hábilmente producidos en los "jugs", especie de recipientes vacíos, botellas y peines cubiertos de papel de seda.

Pero su aptitud para la música no fué desconocida. Se abrió la era de magníficas jazz, del tipo de las de Duke Ellington y Cab Calloway: diez y ocho y hasta veinticuatro músicos negros, fantásticamente uniformados, haciendo saltar casi todos los techos de los dancings de moda con su desaforada y luminosa ráfaga de selva.



Algunas orquestas tradicionalistas hacen todavía jazz de esa manera, entre ellas la "Memphis Jug Blowers".

En el año 1916, inundaciones y desastres de todo género, producidos por el desbordamiento del Mississippi, incitaron a grandes masas de hombres de color a romper la "black belt", delimitación ideal entre los Estados del Sur, la tradición esclavista, y los del Norte. Marcharon hacia las grandes poblaciones, en la esperanza de mejorar sus salarios y encontrar un clima más libre para sus hostigadas vidas. La realidad destruyó, en gran parte, este espejismo. Fueron arrojados a los barrios apartados. Tuvieron que conformarse con sus tranvías para negros, sus hoteles, hospitales, teatros y colegios para negros. Y, también, con su muerte para negros.

Africa ya se había borrado, en el sucederse de innumerables generaciones, de sus mentes. Su nostalgia, que es sólo la de una vida mejor, sin la humillación sellada en el color del rostro, como una fatalidad inexplicable, tomó el pretexto de "Dixieland". "Tierra Feliz", fué al Sur, en estos pechos amortajados por suntuosos "smokings". Y cantaron los riachos de Georgia, y las noches de luna de Alabama y los lentos viajes sobre el Padre de los Ríos, y las juergas en Kansas.

Y Harlem atrajo hasta el vasto incendio de sus noches perforadas por gritos guturales y borracheras y músicas, rostros llegados de todos los lugares del mundo. Música negra, pintura negra, cerámica, alfarería y hasta mascotas negras. París lanzó la moda y la gente enloquecida de post-guerra, tomó los ritmos negros, de la misma manera como se suicidaba o se hacía espiritista: necesitaba un delirio cualquiera para sus nervios deshechos.

La jazz, esa auténtica jazz que sigue sonando en el cornetín exasperado de Louis Armstrong, se quedó como el viejo del "Blues de la calle Beale", de Handy, orgullosamente sola, ciega y perdida en un triste rincón, abandonada.

Para oír la voz de este viejo, a quien acompaña otro, Sam, con su antiguo acordeón, hay que hacer muchas leguas de ternura: lejos del music-hall, lejos de los comentaristas belgas, en la zona que delimita "Saint Louis Blues", con sus notas levantadas contra las asechanzas del tiempo y de los hombres.

por

U. Petit de Murat

MUSEO DE LA CONFUSION

RUBEN DARIO, el más alto poeta de América en San José de Flores, sigue en innumerables ediciones repitiendo esta confesión:

Yo soy aquel que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la mañana

El primer verso es del no tan nicaragüense Virgilio, que ayer no más decía en el exordio de la Eneida: Ille ego qui quondam... Los tres restantes incluyen un aviso de indudable valor para los compradores de ovíparos. Hay que decir bien alto que abusan de la confianza de nuestro público los ruiseñores que, a pesar de la garantía, se convierten en alondras de luz a las 7 a. m., así como los pérfidos avestruces que aprovechan el descuido del propietario para transformarse rápidamente en un pastel de choclo, o el casal de ingratos pelícanos que asume para siempre las líneas clásicas de una galera Stetson. Tal es el espantoso resultado de los versos azules, de los apólogos morales barcinos, de las jaculatorias color obispo y de los sonetos a rayas.

★

Un proverbio sencillo y resignado del pueblo chino: Es preferible una ración de almejas, preparadas con miel, a un suntuoso pastel de lenguas de perro, presentado en fuente de plata con las agarraderas de oro puro, y servido a otras personas.

★

En la página 513 del libro "Edgar Allan Poe", por Juan H. Ingram, este caballero dice, refiriéndose al túmulo erigido en memoria del poeta:

"El monumento es sencillo y puro y causa admiración más por el contorno gracioso que por la aglomeración de ornamento fantástico".

A continuación lo describe:

"El monumento es de forma pedestal o peana y tiene ocho pies de alto. La sobrebase es de granito de Woodstock, siendo las otras partes de blanco mármol, veteado de Italia. El pedestal tiene una base ática; el tronco es un cubo relevado en cada cara por un plano cuadrado-saledizo y pulido cuyos ángulos superiores están tronchados y llenados con una roseta esculpida. En la cara del frente está el busto de Poe. El tronco está ornamentado en su parte superior por un atrevido y gracioso friso y cornisa, tronchado en cada cara en el centro por un segmento de círculo. El friso está adornado en los ángulos por hojas de acanto, y en el medio por una lira coronada de laurel. El conjunto está cubierto por un pedrusco cortado en forma piramidal".

El 17 de noviembre de 1875 la ciudad de Baltimore tuvo ocasión de contemplar este liso monumento. Para aumentar su sencillez sólo faltaba esculpirle cinco o seis gnomos bizcos, en la sobrebase, hacerle una ondulación permanente al delicado friso, rellenar el plano cúbico, tornadizo de graciosas representaciones de perillas de cama, timbres de alarma, monóculos, algunas patillas y verrugas sueltas, evitando así por completo "la aglomeración de todo ornamento fantástico".

★

No es fácil encontrar un buen libro malo, un libro de inspirada equivocación, un libro de lujosa idiotez. Yo imaginé que Trovas de la cachimba del arriesgado escritor Estavillo (Julio) satisfacía todos los requisitos de la deshonra, pero acabo de comprobar que triunfó ampliamente en uno de los concursos anuales del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay y que tiene en la tapa el escudito con el cerro, los animales y la balanza. Esa apoteosis indiscutiblemente oficial me convence de errar y me autoriza a destacar alguna de sus garantidas bellezas.

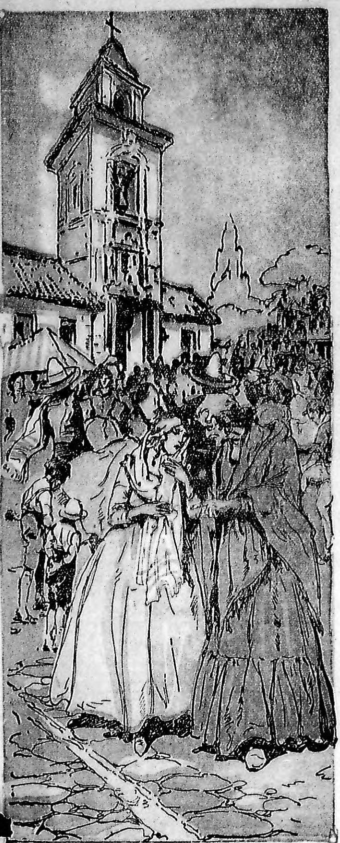
Verbigracia:

Uso lentes, más porque parecen un adorno salvaje
que por la cortedad de mi vista.

Ya sospechaba yo esa inclinación ante la afluencia de selectos charrúas y de clarovidentes caníbales que obstruyen noche y día los gabinetes de Lutz Ferrando.

Anímula Vágula

SINFONIA MEXICANA ★ por Fernando Robles



ERA de mañana y la llanura ya comenzaba a tambalearse embriagada de sol y de viento. Su cabellera dorada de trigo alisábase o se enmarañaba al capricho constante e irresistible de las manos traviesas del viento. Los ojos perdíanse en los trigales ya secos que iban a lamer los flancos de los cerros perdidos en la bruma violácea de la lejanía. Y sólo, a intervalos, las rayas negras de los bordes sombreados de mezquites arañaban la extensión.

El sol, después de haber trotado por el infinito topacio del cielo, se columpiaba ahora en el cenit, desparramando alegría y calor sobre la llanura enardecida.

—Eha! eha! pájaro! Y de entre un manojo de espigas doradas partía rápido el pedruzco que cruzaba un trocito de cielo para perderse en el oleaje del trigo, espantando una bandada de tordos.

—Eha! eha! pájaro! repetía como un alerta cada bordo, cada presa. Y así cantaba toda la llanura en la danza de su embriaguez.

Por la vereda de uno de los bordos aparecieron repentinamente dos pequeñas siluetas que se acercaban hacia una de las presas.

—Epa! Perico! Pajarero! Aquí está el almuerzo!

Crujieron con dolor de vejez claudicante los trigales, y de la amarillenta herida cubierta de granos maduros, surgió una figurilla, un chicuelo que apenas habría visto doce veces nacer y morir el trigo.

—Perico, aquí te traimos el almuerzo!

—Güeno, ya voy!

Sentados en el suelo, sobre el bordo, junto a la mampostería de la compuerta, almorzaban en silencio. La hermanita, una chica morenucha y menudita como de trece años, había colocado una servilleta sobre el suelo y ahí colocó la cazuela de frijoles, la tacita del chile y la olla del "atole", mientras de la canasta iban sacando las "tortillas" calentitas y envueltas en otra servilleta con encajes.

Tú también come, Inés, dijo la hermanita con ademán de señora de casa a su amiguita, otra niña apenas más joven que la acompañada.

Perico había dejado su sombrero ancho de petate tirado junto a él y sin decir palabra tomaba cuidadosamente una tortilla tras otra para usarla de cuchara y poder hacer sus "tacos" de frijoles con chile. Era un chico esbelto y vivaz, de ojos de azabache y piernas largas de lebrel. Vestía camisa de manta y calzoncillos cortos de la misma tela, de donde salían las piernas morenas para terminar en los pies minúsculos calzados con "huaraches".

Durante el almuerzo, Perico fingía desparramar su vista por los trigales y de cuando en cuando decía: —Esos malditos pájaros me dan una guerra...! Pero, de soslayo, por entre el mechón de pelo negro caído sobre las cejas, sus ojos de azabache se clavaban como de paso en las pupilas glaucas de Inés, la amiguita de su hermanita, una niña blanca como los angelitos que veía en el altar de la parroquia de la ciudad próxima.

Cuando terminaron de almorzar, la hermanita guardó cuidadosamente en la canasta la cazuela, el pocillo y la olla, y ya se iban cuando se oyó una débil queja.

—Qu'es? — preguntaron en coro las niñas.

—Nada, qu'ía de ser... — respondió el pajarero con una vocecilla que quiso ser hombruna. Es un pájaro al que le fajé una pedrada...

—A ver...

—Ahí está, en la copa del sombrero...

Las manos suaves de las niñas extrajeron de la honda copa del sombrero ancho el cuerpo palpitante del pájaro herido. Era un negro tordo que tenía destrozada un ala y en vano picoteaba y se debatía enfurecido queriendo escapar.

—Pobrecito...

—Eh! qu'en le manda venirse a tragar el trigo. Lo voy a rematar.

—No! No! Imploraron angustiadas las niñas.

—A que sí... Y no había terminado de hablar cuando ya se había precipitado sobre el tordo. Pero sus manos tropezaron con las de Inés y sin quererlo la miró; sus ojos glaucos parecían dos piedras luminosas sumergidas en las aguas del pozo de la hacienda.

—Güeno, llévenselo y cúrenlo. A ver si no lo dejan que se lo coma el gato...

Los ojos de Inés sonrieron, toda su cara sonrió y Perico, sin saber por qué, sintió una vergüenza horrible y una pena muy chiquita que iba creciendo y creciendo ahí en aquel pecho, donde le latía el corazón.

—Adiós, hasta la tarde! Y se perdió en el oleaje de los trigales.

Allegro

Por aquel camino inmenso
me fuí con el fin
de por allá quedarme
sólo el amor de esa mujer
me hizo volver.

Calló la voz del cantor. Hubo un largo silencio. Luego, alguien [e]ndió un cigarrillo y dijo:

—El Norte... qué ganas d'ir...

—El Norte... repitieron en coro varios muchachos que embozados y agrupados junto a un mezquite habían estado cantando desde que se hiciera oscuro.

—Cuando yo me juí crucé de contrabando el Río Bravo y luego me enganché en aquel Laredo... Trabajé dos meses en la pisca del algodón, pero los compañeros nos dijeron que más pa'rriba pagaban más dólares... y una noche nos fugamos y juimos a dar a un pueblo muy grande, como tres veces León... Allí nos metimos al "traque", reponiendo rieles en las vías a cinco dólares diarios... Y juimos lejísimos... hasta aquel Chicago! Las gringas son "güenas" y muy limpias, y los "trapos" no cuestan nada con los dólares... Yo tenía una gringa...

Los muchachos escuchaban sin chistar al "norteño", un habitante de la hacienda que se había ido a trabajar a los Estados Unidos hacía varios años y acababa de regresar.

—El Norte!, qu'en pudiera ir, an'que juera a conocer, nomás a probar... Güenos dólares, güenos trapos y güenas gringas... interrumpió después uno.

—Es muy sencillo, miren...

—Eh! déjate de contar tus cuentos... Aquí qué nos falta? Pa trabajar, donde quiera es güeno, aquí como en el Norte, pos quen mantiene gratis?

A que Pajarero... como tú estás enamorado y llevas tan tamaña milpa!

—Güeno, no es por eso, sino porque es la mera verdad..., se defendió casi avergonzado Perico.

La luna se alzó de los cerros y se fué subiendo al cielo como un enorme globo rutilante. La hacienda se empapó de nácar. Las casas de los trabajadores parecían adormecidas por el encantamiento nocturno y hasta los bueyes y las vacas, en los corrales, yacían rendidos. Aulló un collote. Ladraron furiosos los perros.

—Güeno, muchachos, con el permiso, hasta el rato...

Perico se separó del grupo y embozándose de nuevo en su cobija se alejó arrastrando un grueso garrote que le servía de bastón.

El Pajarero era ahora un muchacho de dieciocho años, fuerte, talludo y guapo, con la guapeza mestiza del criollo... Lentamente fuese a través del barbecho para rodear la hacienda y luego llegar cerca de una casita de adobe. Entonces se escondió en un tajo y silbó imitando un pájaro nocturno.

Rumor en la cerca. En el radio de nácar dos sombras que se acercan hasta confundirse.

—Inés!

—Perico!

—Calla, que nos pueden sentir...

—Te estaba esperando en la noria y no juistes a lavar; eres una ingrata, ansina pagas mi amor.

—Que tonto eres, Perico, no te das cuenta que mi mama me anda velando los pasos... hasta que nos casemos, pa cuando coseches...

—Sí, cuando coseche...

Cuando los labios de los novios sellaron la promesa, una idea se le subió a la cabeza a Perico: el Norte! Y su beso no fué como el de las otras noches; aquella idea se le agarrabá a la cabeza como la grama a los tallos de maíz.

Adagio

Las enaguas almidonadas de las mozas son manojos de banderas multicolores que decoran la tarde. La hacienda es un hervor humano. Las músicas de viento precipitan el circular de la sangre en las venas jóvenes. Frente a la capilla, en la explanada, danza la tradición azteca vestida de plumas y blandiendo como arma aplastante el ritmo monótono de su sangriento furor.

—Doña Petra, qué haré? dice angustiada Inés, que vestida de muselina verde nilo, escondía la cara angustiada en el rebozo sutil traído de San Juan. Es una moza fresca y blanca como la jícama tierna y sus ojos son glaucos como las aguas del ojo de agua. Su cuerpo, disimulado en la ancha falda y en la blusa, es una insinuación plástica de pintor renacentista. Es delicada y fina como la espiga del trigo, dulce y linda como una "Madona" de Rafael.

—No te apures, muchacha. Mañana, cuando tu mama te deje sola pa'irse al almuerzo, yo te llevaré unos polvos, son los polvos del güen amor, el que los toma ya no puede querer a otra y queda más apegado a las faldas que un niño chipel...

—Y si se va pal Norte?

—No s'irá... que se va a ir... no fallan... Mira, a doña Jacoba también se los dí y su hombre ya no sabe más que andar tras ella como un becerro tras la nana... no fallan... no te aflijas...

La cara de la vieja Filomena quiso sonreír y sólo logró dibujar una caricatura.

—Me voy... es mejor que no nos vean juntas, porque la gente es tan chismosa... Y se fué renqueando y escupiendo blasfemias sobre los pasodobles desafinados, entre la multitud que le cerraba el paso.

Inés se reunió a sus amigas, puñado de chicas enfiestadas y reidoras. Y al rato, junto a la capilla, en la apretura sudorosa de cirios y de empujones, se encontraron al grupo de novios. Iban los muchachos cogidos cariñosamente por las manos, con las cobijas terciadas sobre las camisas muy planchadas y los calzones blancos cayendo sobre los zapatos amarillos. Desde la sombra de los sombreros anchos, ladeados sobre el ojo derecho sonriendo apenas, pero las pupilas audaces y filosas se clavaron en las mozas.

—Inés, queres caña? Perico tendió la vara de la caña de azúcar recién cortada.

—Güeno... Los dientes menudos y parejos de Inés rompieron la corteza y su boca mordedora destiló miel por la comisura encendida de los labios.

—Sabes que estás muy chula y muy preciosa?

—Te gusto?

—Muchote, chatita mía! Ah mira! aquel es Jesús, el norteño, acaba de llegar de Kansas...

Inés miró a Jesús. Era un hombre recio y entrado en años; iba en camisa de seda con las mangas recogidas con ligas y su pantalón era de casimir, sujeto por un cinto de hebilla de plata, ancho en la cintura, angosto sobre los zapatos bajos...

—No me gusta el hombre ese... tan chocante... camina como si juera a atropellar...

—¡Es que ha estado en el Norte!

—Pero dime, idiota, qué tiene ese Norte, pues? Por qué no te largas d'iuna vez?

—Inés, no te me vayas a poner a chillar, si yo no digo nada...

El Norte! pensó él con ese gusto rasposo y excitante con que bebía un sorbo de mezcal. El Norte! pensaba ella con rabia como si se tratara de una rival que le quisiera arrebatar a su amor.

Cuando ya de noche surcaban el cielo los cohetes y los fuegos de artificio y el mezcal alumbraba la hacienda, el Pajarero sentía que aquella maldita idea se le agarraba a la imaginación como la grama a los tallos de su milpa, y quería arrancarla, destruirla con sus manos rudas...

Allá en el Norte pagan güenos dólares y las gringas son güenas y los trapos no valen nada... Y la aventura comenzaba a entrársele al corazón, despertando todo el viejo atavismo errante de su raza. El "traque"... ese Chicago tan grande... las gringuitas...

Scherzo

La casucha vomitaba una luz rojiza de incendio sobre el corralito que le servía de patio. En el interior, un grupo de mujeres envueltas de pies a cabeza con los rebozos, parecía asistir a un velorio. La madre, una anciana campesina de carnes enjutas paseaba sus dedos callosos por la cara sudorosa del hijo tendido sobre un petate, y el padre, noble figura de anciano largo y tieso a pesar de los años, de rodillas sostenía los brazos convulsos de Perico. La muchachada, desde el corralito, murmuraba con bocanadas de humo de cigarrillo, embozada en la oscuridad... —Está embrujado... lo embrujaron... Y la noche repetía de hacienda en hacienda, de casucha en casucha, ...está embrujado...

Por fin, después de una larga espera, salió la luna, una luna redonda y grandísima, destilando oro...

—Luna nueva... dijeron en un susurro las viejas como si temiesen ser oídas por el astro distante y triunfal.



—Luna nueva... repitió la muchachada entre incrédula y temerosa.

Entonces, un grito terrible hizo temblar el adobe de la casucha y estremeció las gentes. Aquel alarido rompió en mil pedazos el misterio de la noche y sobre la hacienda se precipitó un torrente de luz pálida, mortecina...

En el interior de la casita resonó pronto un clamor de angustia:

—Sujétenlo que va a correr! Se nos va! Se nos va!

Perico se puso en pie de un salto y atropellando a las mujeres, saltando sobre los peones, echóse a correr por el campo, a través de la noche embadurnada de luna...

Aullaban los perros y clamaban las mujeres!

—Por el amor de Dios, una manita que se nos va! Pajarero! Perico!

La madre desolada, dando tumbos en el barbecho, trataba de seguir al hijo enloquecido, pero repuestos de la sorpresa, ya los muchachos le daban caza como a los perros que en verano se vuelven rabiosos...

En el umbral de la puerta quedó solo el padre con el rostro sombrío y los músculos crispados..

—Esa fué Inés... maldita bruja...

Rondo

—Ahí viene la bruja! murmuraba al ver acercarse a Inés.

—Ahí está la bruja! gritaba el agua verdosa de la noria cuando Inés quebraba sus reflejos con el cántaro de barro.

—Ahí va la bruja! cuchicheaba hostil la muchacha al ver pasar a Inés cargada con la batea de la ropa lavada.

—Es una bruja! repetían incansables el sol y la luna, el día y la noche. Y la pena y el remordimiento se le salían del corazón a Inés para ir trepando con pasos pegajosos de araña y chuparle todos los pensamientos.

Aquellos polvos que le diera doña Petra para retener al novio sólo habían conseguido enloquecerlo. Y ahora, presa de un dolor irremediable en el que naufragaban cada uno de sus deseos, hubiera querido que la tierra se abriera para desaparecer en ella sin dejar rastro de su persona. Si cosía, no era ella. Si lavaba, no era ella. Si torteaba en sus manos las delgadas tortillas, no era ella. Inés, la muchacha feliz y enamorada había desaparecido, y ahora únicamente quedaba el cuerpo blanco y duro, pero vacío, andando... andando...

Cada luna nueva la escena atroz volvía a repetirse. De las haciendas vecinas y hasta de la ciudad llegaban gentes curiosas de ver correr al "embrujado". Ya era un espectáculo alegrado por los mecheros encendidos de los puestos y los gritos de los vendedores de golosinas llegados al olor del gentío.

Y una noche en que la luna iba a estallar en el cielo como un globo demasiado inflado, Inés, escondida en un rincón de su casita, oyó el trágico alarido seguido por el furioso ladrar de los perros. El corazón se le salía del pecho ahogándole la respiración... El Pajarero no se curaría... Inútil eran sus mandas a la virgen y sus largas noches de oración... no sería para ella ni para nadie...

¡Afuéera la bruja! ¡Afuera la bruja!

¡Maten a la bruja!

Innumerables piedras comenzaron a caer sobre la casa. Inés estaba sola porque el padre se había ido a la ciudad y probablemente se había quedado tirado borracho en el camino, y la madre, mujer egoísta, andaba de chisme, comadreando en el vecindario. Y frente a la casita la chiquillería de la hacienda acababa de descubrir una juego divertidísimo: ¡apedrear a la bruja!

Las piedras estremecían el techo frágil de la casita que se quejaba. Los gritos eran un canto cristalino sincopado con el tambor de las pedradas.

Virgen doliente, en su rincón se retorcía Inés pidiendo caridad a las cuatro paredes desnudas y enjarradas con mezcla de cal. Pero no había misericordia para ella, los adobes se hacían también eco de la turba infantil: ¡Bruja! ¡Bruja! ¡Perra bruja!

Entonces, del fondo misterioso y desconocido de su ser le vino una idea repentina: ¡huir! Y sin detenerse a pensar, sin procurar su rebozo sutil de virgen, se arrojó semidesnuda hacia el corralillo, sobre la noche...

Y corrió, corrió en el paroxismo de su ansia, sin pensar en la distancia, sin meditar el camino. . Con la cabellera estrujada por el viento ella cruzaba los vallados y bordeaba las milpas, perseguida siempre por la rabia ruidosa de los perros y por el grito acusador: ¡Bruja!

¿Cuánto tiempo duró el vértigo febril?

Una a una fueron borrándose en el cielo las estrellas. Luego el oriente fué cascada de plata y oro. En una de las callejas del suburbio de la ciudad yacía una joven abatida junto a una puerta, dormida...

La aurora refrescó su rostro abofeteado por la pena y besó sus ojos cerrados por el sueño. Entonces sintió que unas manos la palpaban bruscamentey una voz agria decía: "Debe estar ebria, llévensela al barrio de las perdidas". Y ella no supo protestar, no quiso emplizar, ella no erra ella, era otra. Inés se había quedado atrás, emparedada en aquel cuartito enjarrado con mezcla de cal, en la hacienda.

Josef Von Sternberg

★

SI la impersonalidad es la principal virtud de Lubitsch, la de Sternberg es, por lo contrario, la personalidad. Esto mismo lo hace más interesante aún que el primero, para la atención y la crítica, más susceptible de diversas interpretaciones y más fácil a la polémica.

"Cazadores de Almas", la cinta inicial de su larga carrera? No esperen de mí un sacrificio más al conocido snobismo que exige que la única obra meritoria de un talento sea la primera. No ignoro lo que acredita el elogio de una obra tan públicamente fracasada: poco dispuesto me siento a encontrar méritos a ese pálido argumento mardeniano sobreimpuesto a unas buenas fotografías de aficionado, y representado con convicción por unos actores de tercer orden. Créase que todo lo que les molesta a ciertos críticos en los dramas maduros de Sternberg es que hayan costado y producido dinero. Lo más curioso es que esos señores, profesionales de precipitarse sobre cuanta cinta sale del cartel a los dos días, son los mismos que proclaman que hay que hablar a las masas y hacer obra popular. Dios los entienda. (Observado sea de paso, a las "masas", o sencillamente al pueblo, la idea de economía del arte le es totalmente ajena: prefiere con decisión El Signo de la cruz al Acorazado Potemkin).

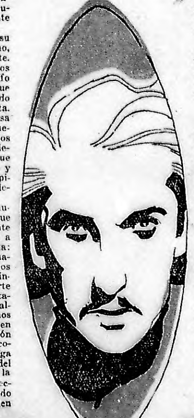
Dejemos, pues, tranquilos a George Arthur y a su draga moderadamente fatal y escuchemos esta opinión, que es de 1929: "En Von Sternberg ya no esperamos. Es un director muy hábil, capaz de hacer rendir a un actor todo lo que puede; nada más". Retengamos de esto lo de esos actores bien aprovechados, y confesémonos que el nombre de Sternberg nunca se ha desvinculado totalmente de los de sus intérpretes. De dos de ellos sobre todo: Bancroft y Dietrich. Que la época Brancroft sea superior a la otra, es lo que no dudo: por muchas razones, y también porque George es un gran actor y Marlene sólo una magnífica mujer. Pero hay algo más, mucho más en Sternberg que el oportuno manager de las carcajadas, sudores y trompadas del uno, de las piernas, canciones y aventuras de la segunda: hay en él un excelente novelista folletinesco. Valga esto como elogio sincero: en un arte tan balbuciente aún como el cinematógrafo, cualquier orden, aunque sea artificial y chabacano, debe agradecerse. La buena sucesión, las correspondencias y simpatías de una escena a otra, la preparación suficiente, las bien premeditadas sorpresas, constituyen una parte importante del valor de cintas como La ley del hampa o La batida. La otra parte es la que a continuación veremos.

Hay muchas maneras de significar intensamente las cosas, y entre ellas dos: la insistencia y la reticencia. La primera es la más común; la segunda es la que prefieren las mejores artes. A Sternberg corresponde la gloria de haber comprendido como nadie todo lo que valía la elipsis, la concesión, la estilización, para la novela cinematográfica. Sugerir un estado de ánimo, una situación, una acción, una realidad cualquiera, por breve vía visual, es su fuerza y su honor: a este respecto es evidente, aunque limitada, su deuda a los rusos, cuyas meras "curiosidades" supo aplicar. Esto es lo suficientemente conocido para apuntarlo solamente: lo interesante es cómo esta virtud suya del objeto, del detalle sutilmente justificado y evocador se ha degradado, sobre todo en sus últimas producciones, a procedimiento dudoso y maniático. No es ya la vívida observación representativa es el sonsonete de efectos exclusivamente personales y caprichosos; es la repetición o el equilibrio que reemplazan la ausente construcción; es el leitmotiv más plástico que oportuno, típico de Sternberg, no de la situación, e insistido hasta la pobreza. Gatos, péndulos, bibelots, escaleras, reflejos, fantoches saltarines, pianos, plumas, caretas, rejas sobre todo, de madera en el Trueno, de hierro ante los jardines africanos, de gasa sobre las piernas de Marlene, se multiplican a lo largo de esos cuatro últimos films de Sternberg: Marruecos, Fatalidad, El Expreso de Shangai, La Venus rubia, cuyo valor rigurosamente descendente es notorio.

De lo que fué al comienzo su admirable, expresivo laconismo, otra degeneración es patente. Bien está la concisión de los carteles en el cinematógrafo mudo: el público entiende que los personajes no han hablado así, ni solamente lo que consta. Pero esa obsesión sentenciosa nada tiene que hacer en las nuevas cintas habladas: éstas nos han acostumbrado, creo que legítimamente, a un realismo que la escritura monosilábica — y además bien pocas veces inspirada ahora — de Sternberg, defrauda sin compensación.

Pero hay algo más grave, mucho más grave aún: y es que Sternberg carece infinitamente de gusto. Sus dramas orillan a cada instante el melodrama: cuando sólo trata temas de guapos y muerte, menos mal, que los peligros del heroísmo o la infamia son menores para el arte que los meramente sentimentales. Pero nada tan intelectualmente lamentable como muchos de los efectos que prodiga en sus obras con segura pretensión de genialidad. Obscura y psicológicamente nula es la entrega del protagonista en La ley del hampa, huera e insignificante la "venganza" del bolchevik-director permitiéndole al malhadado príncipe que dé la última orden a su ejército ilusorio, desesperadamente sensiblero y cursi ese cuento de hadas y dragones que trata de buscar una unidad y un fin a la incoherente, insoluble y vaga historia de La Venus rubia.

Mortales, no hay que dudarlo, a un literato de segunda categoría, los vicios o insuficiencias de Sternberg dejan intacta sin embargo su gloria, ya histórica, de director cinematográfico, y la importancia de cualquiera de sus vistas, hasta de la peor. Y dentro de mucho tiempo aún recordaremos, con esa forma tierna que toma la admiración envejecida, la muerte del Risueño, el paso de Marlene echándose al desesperado desierto, las manos asesinas de Bull Weed resbalando por los vidrios empañados de la florería, el mágico ventilador de las telarañas, el del gigante atroz en trance de muerte, la oración de Shangai Lily, la tórrida pantalla de Kappelmeister marroquí, la melena inversa de la Deshonrada en la caoba del oblícuo piano delator.



Néstor Iba[rr]a

La Alianza de los Dos que se Odiaban

Cuento de

José Alegretto

Ilustración de

Parpagnoli



Si se me permite guardar el secreto del nombre y otros detalles de la vida que hagan imposible mi identificación, les prometo un interesante relato; bueno, lo de interesante está por verse. Siempre creemos que debe interesar a los demás todo aquello que nos interesa a nosotros mismos: pequeñas vanidades; pasemos por alto, y al grano.

¿Estamos de acuerdo en que ocultaré mi nombre y todo aquello que pueda comprometerme?

¿Asienten ustedes? Adelante entonces, luego es probable que se expliquen porqué tomo estas precauciones Convencionalmente me llamaré (X). Siempre, desde niño, me agradó este signo. Equis, he aquí algo de misterioso, de sórdido, que me sugestiona al extremo de soñar por las noches con equis gigantescas, animadas de vida, cuyos brazos y piernas se prolongan en forma extraordinaria, hasta el infinito. ¿Y saben porqué esta afinidad? Eso puedo confesarlo, ocultando el nombre no me compromete.

Mi alma es sórdida y cavernosa, ningún sentimiento de los que se llaman generosos la ha conmovido jamás. ¿Generosidad? ¿Desinterés? Qué absurdo, no lo concibo; no son más que trampas doradas tendidas por los más hábiles para prender en sus redes a los menos cautos. Por eso vivo eternamente disfrazado; el disfraz es mi trampa, lo de adentro no debe conocerlo nadie; es equis.

Odio las matemáticas desde que aprendí a resolver ecuaciones, despejando la incógnita y aclarando el verdadero valor de equis. Las matemáticas son el enemigo natural de la hipocresía, y la hipocresía es mi medio verdadero. ¿De qué me ocupo? ¿Es necesario que se lo diga a ustedes? Bueno. Puedo satisfacer sus curiosidades; por otra parte si me lo callara, no podría componer mi relato. Aquí es donde deben ustedes buscar siempre la razón de porqué hablo, escribo, o acciono; en mi propio interés.

Soy avaro. ¿Qué? ¿Les sorprende mi actividad o el cinismo de la confesión? ¡Ah! ¡Perdón! Había olvidado que tenía que habérmelas con gente de una especie distinta a la mía; pero, bajo la palabra de un honor que no tengo y que sé mentir con la propiedad de cualquiera de mis congéneres, declaro que no soy el único avaro del mundo.

Amo el dinero por sobre todas las cosas; ¿Qué digo? ¿Por sobre todas las cosas? Yo no sé, no he sabido nunca lo que es amar otra cosa; mi único amor absoluto, infinito, es el oro. ¿Que si le quiero más que a mí mismo?, me preguntan ustedes. Muchas gracias; son ustedes mis amables lectores muy sutiles: sin embargo, se han equivocado esta vez; no me había olvidado de mi propio yo. Lo he omitido únicamente porque de todos los seres del mundo es a él, a mi yo, a quien más odio y desprecio. ¿Que es esto imposible?, arguyen ustedes. Veamos, poco a poco; les demostraré andando con calma, que no es tan imposible.

Ya les había adelantado con todo cinismo, que mi profesión era la de avaro; es una profesión como cualquier otra, con la sola diferencia de que prefiere la sombra a la luz. Muchos seres trabajan alimentados por los ideales, por las pasiones más diversas; producen mucho más de lo que precisan para vivir. Su superproducción brilla, herida por los rayos del sol, es de color amarillo, se transforma en oro. Pues bien, yo, nosotros, acechamos esa metamórfosis del trabajo ajeno en oro y poniendo en juego en el momento oportuno nuestros métodos pacientes pero seguros, unas veces fuera de lo permitido, otras dentro, mas siempre amparadas por la fuerza del dinero que ya tenemos acumulado, emitiendo nuestros seudopodios y suavemente, sin que la víctima se aperciba o se lamente, nos lo asimilamos todo. Lástima grande que el trabajador nos sustraiga parte de lo que produce, para comer. Es un tanto por ciento perdido, lo lamentamos, pero es imposible evitarlo; sino, no podría seguir produciendo.

Yo también preciso comer, de lo contrario me moriría; he aquí otro inconveniente grave que asimismo no puedo evitar, aunque poco, lo menos posible, sin embargo es necesario que coma; otra pérdida irremediable que debo lamentar.

¡Ah! ¿Ha visto, usted, cómo a pesar de todo no es posible que en último término se olvide de su persona? Me argumentan ustedes: Eso prueba de que su dinero no tendría razón de ser, sin usted mismo. Ya ve, como sin quererlo, ha pasado a ocupar el primer plano.

Vuelvo a darles las repetidas gracias, son ustedes lectores bastante advertidos y tomo mis precauciones porque siento que no les convenceré a dos tirones; pero también esta vez se han equivocado. ¿Sonríen? Ya veremos.

El dinero es para mí un fin, no un medio; hay diferencia. ¿Verdad? El es todo, tiene un alma, un alma amarilla, brillante: el alma del oro. Yo, en cambio, soy su instrumento, el más vil, el más puro de sus esclavos; mi alma, no es sino un desprendimiento de su alma. El puede ser sin mí, si yo muero, si desaparezco; él seguirá siendo, encontrará otro esclavo tan fiel como yo; en cambio, yo no puedo ser sin él, si desapareciese, desaparecería también mi alma, puesto que es algo netamente suyo y nada más. ¿Comprenden ahora porqué me desprecio sinceramente?

Por eso, porque me ha tocado en suerte una envoltura carnal, humana, para mi alma metálica; porque preciso comer un poquito y derrochar otro poquito en diversas necesidades de la carne y esto es un robo imperdonable. Yo tengo el alma del oro; debía, por lo tanto, tener un cuerpo amarillo, brillante, ser también de oro.

Y no es esto lo peor; lo que más me avergüenza, lo que más me hace sufrir y me tortura despiadadamente, es haber traicionado una vez a mi alma con uno de esos sentimientos, que ustedes llaman generosos. Sí, señores, aunque parezca increíble, yo he sentido en una oportunidad, compasión. ¿Que cómo fué? Aunque me sea doloroso recordarlo, se lo contaré a ustedes. ¡Ah, cuánto he expiado mi delito! Cuántas lágrimas sangrientas he tenido que derramar por eso. ¿Y a quién echar las culpas? ¿No es acaso esa miserable envoltura humana, la que ha traicionado a mi alma? ¿Y aun quieren ustedes que no me desprecie?

Yo tengo un socio; alma negra, sórdida, cavernosa, amarilla y brillante; Lupescu (claro que el nombre es una ficción, como el mío y por las mismas razones que el mío), es como yo, inmensamente rico y su fortuna, como la mía, tiene origen en una puñalada por la espalda. Habitamos la misma covacha, tenemos los mismos hábitos y costumbres, no nos podemos separar y nos odiamos con idéntico fervor. Cada uno de nosotros espía siempre la oportunidad de apoderarse del dinero del otro. Tal para cual. Jamás nos hemos mirado cara a cara, por eso, a cualquiera de los dos nos sería imposible definir la fisonomía del socio; la conocemos únicamente al través de perspectivas oblicuas, como nuestras miradas. Nuestros actos sociales por otra parte, no los constituye la unidad de nuestros esfuerzos en pro de un beneficio común; lo único que nos une es el interés de arruinarnos mutuamente en beneficio propio y para conseguirlo, tratamos de tendernos las más ingeniosas celadas que nuestras mentes pueden concebir. Sólo actuamos en sociedad verdadera cuando el negocio es turbio, vidrioso, y si bien ofrece por una parte tentadoras ganancias, por la otra, se entrevé el peligro de perder lo nuestro; es claro que sufrimos horriblemente si el asunto termina con un éxito poco feliz, pensando en la mitad de la ganancia que nos roba nuestro socio; pero, esto se compensa con la triste alegría que experimentamos en el caso poco probable de un rotundo fracaso, al recordar en nuestra desesperación que el otro, ha perdido otro tanto como nosotros.



A fines de la primavera pasada, sufrimos el último de los tres descalabros financieros, que ensombrecieron el éxito de otros noventa y siete negocios espléndidos, donde ganamos el noventa por ciento del capital invertido; en total, fueron cien las operaciones realizadas en sociedad.

La cosa, sucedió de la manera siguiente: la vinculación y la influencia que gozamos en nuestro medio, sórdido y sombrío, al margen de la ley, por intermedio de nuestras redes siempre tendidas, nos puso en aquella oportunidad en contacto con un sujeto que miraba de frente y a la cara. Esta cualidad, de la que nos apercibimos inmediatamente mi socio y yo en el rápido pero completo examen de las probabilidades que nos ofrecía el cliente, la conceptuamos de mucho mérito; conviene enormemente comerciar con persona de tan franca mirada. Era falsificador de moneda (según nos dijo entonces). Tenía en su poder, el resto de una gran falsificación de billetes de diez pesos, que en gran parte ya había circulado; a esta altura, la policía se había apoderado de todos sus cómplices, dato comprobado por la publicación correspondiente en todos los periódicos. Sólo él había logrado zafarse, en virtud de carecer de antecedentes delictuosos. El peligro para su persona, no obstante, no había desaparecido; por el contrario, era inminente, necesitaba deshacerse cuanto antes de lo que le quedaba y ausentarse rápidamente al extranjero. Nos ofrecía, en consecuencia, ese resto, cien mil pesos; diez mil billetes, de diez pesos, que nosotros podíamos ocultar todo el tiempo que fuera necesario, para circularlo luego, despacito, una vez que el peligro hubiese desaparecido del todo.

Sentados frente a frente, en nuestra covacha, planteábamos la operación; él nervioso, impaciente, dejando traslucir el enorme interés que le movía a finalizar pronto el asunto, hablaba y nos miraba a la cara. Nosotros, tranquilos, sonrientes, despectivos, simulando el más absoluto desinterés, mirábamos sus botines. Nos exhibía varias muestras de la falsificación, las examinamos con las correspondientes lupas; de un principio no escapó a nuestros expertos ojos en la materia, la perfección del trabajo, la limpieza de las tintas, la buena calidad del papel y la firmeza del dibujo. Pero nada de esto se tradujo en nuestras expresiones, una sonrisa de incredulidad sólo animó las fisonomías para premiar aquel trabajo que podía con justicia, llamarse una maravilla.

El hombre, que esperaba afanoso nuestra aprobación, dejó caer los brazos desalentado, cuando recibió el obsequio de la sonrisa. Sentíamos que caía en nuestras redes, despacito, con toda suavidad; nos había pedido treinta mil pesos en billetes legítimos por todo; sin embargo, al comenzar ya sabíamos que esto se reduciría escasamente a una tercera parte.

Fué entonces, como dije antes, que me asaltó aquel injustificable sentimiento, que he llamado compasión. Un hombre semejante, con una habilidad tan estimable, capaz de traducirse en fortunas fabulosas que podían engrosar nuestro caudal, y era tan incauto que se entregaba como un manso corderito a los primeros amagos: no convenía que este hombre se fuese descontento, en un encuentro futuro; esto podía malograr algún pingüe negocio; nadie sabe lo que puede ocurrir mañana.

¡Ah! se ríen ustedes. Valiente compasión — exclaman — ¿Verdad? Bueno, no me aflije; si no es esto compasión, mejor para mí. Yo sólo expongo lo que he sentido y le doy un nombre que me parece apropiado; si me equivoco, no es mía la culpa, no tengo la obligación de saber explicar lo que no conozco.

La batalla, el tira y afloja, se desarrollaba normalmente de acuerdo a nuestra táctica; él, siempre impaciente, nosotros cada vez más pacienzudos. El final previsto llegó así con toda naturalidad, cerramos trato al precio que queríamos, diez mil pesos legítimos por todo y quedaba la impresión general en el ambiente de que procedíamos así por bondad nada más y no por interés; se nos debía aún, estar muy reconocido.

Quedamos para el día siguiente, él llevaría su mercadería y nosotros su correspondiente importe; nos citamos a una hora temprana de la noche (los buenos negocios siempre se hacen de noche) en atención a que debíamos revisar uno a uno diez mil billetes de diez pesos y calculábamos el tiempo enorme que la tarea nos llevaría; además habíamos arreglado en forma que nuestro cliente tuviese tiempo para embarcarse esa misma noche con destino a Europa después de realizar el negocio.

Era tal la confianza que el asunto nos merecía, que cada uno de nosotros lamentaba la intervención que al otro cabía; pero un último instinto de precaución y desconfianza no se dejaba sin embargo vencer.

Llegó el momento indicado, estábamos en nuestra cueva a la expectativa; mi socio se paseaba en el estrecho espacio, de pared a pared frente a la mesa donde yo me había sentado mientras examinaba la carga completa de un buen revólver.

Sonaron tres prudentes golpecitos en la puerta. Lupescu pregunta quién es y yo dejo deslizar en el cajón el arma. Contestan desde afuera, reconocemos la voz y la puerta se abre para dejar pasar a nuestro cliente que trae en sus manos una regular valija: acto seguido vuelve a cerrarse y la llave desaparece en el bolsillo de mi socio.

Espiamos todos sus movimientos, yo conservo aún la mano en el cajón de la mesa y Lupescu acaricia también algo en su bolsillo. El cliente parece no prestarnos la más mínima atención, mientras conversa afablemente busca en sus bolsillos unas llaves, abre la valija y su mano derecha se hunde en ella... y... vuelve a salir vertiginosamente, empuñando una potente pistola, mientras con voz severa, de una entonación que no conocíamos antes, el cliente nos ordenaba: ¡Arriba las manos!

La sorpresa había sido completa, ese hombre nos obligaba también por primera vez a mirarle a la cara; así pudimos ver sus ojos de una firmeza terrible que nos dominaba por completo y leer en su mirada nuestra sentencia de muerte si no acatábamos las órdenes.

Equis — continuó — saque usted la mano de ese cajón. Lupescu, saque usted la mano de ese bolsillo. Obedecimos, nos obligó a estirar las manos en alto; luego, debimos colocarnos el uno junto al otro de pie y mientras mantenía su pistola a la altura de nuestros pechos, se apoderaba con la otra mano, primero de los revólveres, después de los dos paquetitos de cinco mil pesos que cada uno llevábamos en los bolsillos interiores.

—Si creen que voy a perder tiempo revisando el cuarto — nos dijo — están muy equivocados. Sé que aquí no guardan ustedes nada, así es que si han concebido en ese sentido alguna esperanza, pueden perderla y presten atención a lo que voy a decirles: Lupescu: ¿dónde ha metido usted la llave de la puerta?

Mi socio indicó el bolsillo de su pantalón. Le fué retirada.

—Ahora — prosiguió — se harán ustedes cargo de lo que hay en esta valija. Y con la mano que le quedaba libre volcó sobre la mesa su contenido.

Cayeron clichés, papel cortado para hacer billetes, frascos de tinta, prensas y toda clase de utensilios para falsificación.

Acto continuo, tomó nuestro teléfono, pidió comunicación con la policía, y habló:

—Equis y Lupescu, calle tal, número tal, en este momento pueden sorprenderlos con las manos en la masa; son los principales autores de la última falsificación.

Se volvió contra nosotros: Dentro de unos minutos tendrán aquí la policía, es inútil que me acusen, tendrán antes que aclarar su situación y yo mientras tanto habré ganado la distancia suficiente. Buenas noches.

Y se fué cerrándonos la puerta por afuera. Nos precipitamos en busca de la otra llave mía; sin hablarnos Lupescu y yo metimos apresuradamente de nuevo todo lo que había caído en la valija. Recordamos en ese momento, nuestros viejos antecedentes en la delincuencia y temblamos ante la idea de que nos encontrasen con aquellas reliquias entre las manos.

Abrimos la puerta cargando la balija con intención de tirarla cuanto antes en cualquier parte; y... el grito prepotente de: ¡Nadie se mueva!, nos dejó petrificados en nuestro sitio. Era la policía.

Bueno, creo que en este punto puedo terminar mi relato. ¿Para qué quieren ustedes conocer más? ¿No les he demostrado acaso ya quién soy?

—¡Cínico! — ¿me gritan? — ¿Qué me importa? Para ustedes seré siempre Equis, la incógnita; una ficción literaria y nada más.

Viñolianas

por

Omar Viñole

Un hombre viajando en bicicleta me da una tristeza profunda. Paréceme que regresara de la decadencia de los motores a explosión.

★

Es necesario que cada uno tenga su velita, para el momento en que se entra el sol.

★

Las patadas mejores y las más escogidas, son las que se pegan de más cerca, por eso hay que buscarlas entre los buenos amigos.

★

Los que mejor exponen sus ideas, son los vendedores de jabón o baratijas. ¡Ellos saben lo que quieren!

★

Hay muchos que vuelven de la guerra con una pierna de palo, porque la sana se la rompieron en un desorden callejero.

★

Es necesario crear un instituto pro siembra del cólera, para abolir a los que se dedican exclusivamente a ser una máquina de digestiones.

★

La vocación de caerse solas que tienen las mujeres, la copiaron de la extinta hermana Eva.

★

Siempre se es honesto cuando se está de paso.

★

Era tan bruto, que cuando le dolía la cabeza, tenía la sensación de que al galpón de su casa le dolía una chapa de cinc.

★

Se agolparon muchas ideas, como se asoman curiosos, al paso de un carro de bomberos.

★

La vida es una forma de perder el tiempo, unos esperando el tranvía, otros criando perros de policía, etc.

★

Nuestro afán de superación radica en que todos queremos seguir viviendo después de muertos.

★

Valor declarado, es un petulante que se da cuenta que vale y lo narra a todo el mundo.

★

De los enemigos nos olvidamos solamente frente a la bolsa de oxígeno.

★

Hay hombres tan graves que para no traicionarse, se han desprendido hasta de las cosquillas.

★

…or debe andar …omenaje a los …uales se ocu-

Hubo una época en que los hombres no hablándose a través de los mares, se suponían que tenían algo exquisito que explicarse.

★

El amor es una cosa que solamente puede vivir en dúo.

★

A lo único que hay que darle importancia es a lo que viene atrás.

★

Hay gente que todavía se ríe como si tuviera ganas auténticas de reírse.

★

La verdad es que el hombre se muere aunque haya triunfado, según él y sus aduladores.

★

Todavía en América se puede vivir de una manera que no ha sido ensayada por nadie, sólo se trata de vivir honradamente.

★

Jesús fué el humilde hijo de un carpintero de suburbio, que salió de su casa de carne y hueso y la historia lo devuelve de yeso; en permanentes cruces de pino tea.

★

Todos los seres que vienen al mundo, traen su equipo patológico, pero incompleto.

★

Hay muchas cabezas en las cuales las ideas no han debutado todavía.

★

La bondad es el recurso de los fracasados o de los sinvergüenzas.

"La Dada"

por

J. J. Morosoli

Gustierra —el loco Gustierra —era un tipo muy buscavida. Amigo de los oficios raros. Novelero y con alma de vendedor de calle. El pueblo le quedaba chico. Era socialista, pero no como los otros que se llevaban mal con todo el mundo y eran agrios como limón, y desconformes como muchacho mal enseñado. El loco era capaz de todo estando acalorado, pero en frío no era capaz de nada.

Cuando vino el obispo a confirmar muchachitos, me dijo:

—Vamos a armar un quiosco y le vendemos velas a los canarios... Te garagto que nos vamo a poner hasta el pecho...

—Los "compañeros" te van a sacar el cuero...

—Si yo no trabajo, ¿ellos me van a mantener?

—Hacé lo que quieras.

Pusimos el quiosco.

★

Estábamos vendiendo velas frente a la iglesia, cuando llegó don Luis, un zapatero, que tenía el taller lleno de revistas contra los curas, pegadas a la pared. Era un hombre de cabeza pelada que vivía discutiendo y "sacándole los trapos al sol" a los ricos. Quería hacer una denuncia — nosotros de testigos — contra un dentista que tenía una menor "dada" por el juez de menores. Decía don Luis que le arrimaban a la infeliz cada paliza que la dejaban de cama, y que aquel día, precisamente, la había visto sangrando por la boca.

A la "dada", la llamaban Lanceta. Era un nombre bien puesto. No sé por qué.

El zapatero hurgó, discutió, zorreó hasta que salió con la suya. El juez sacó la muchacha del infierno y la metió en el fuego. La puso en casa de un coronel retirado, viejo, jugador de truco, brutazo, y casado con una mujer de treinta años, preciosa, puro juego, "de rajar con la uña", que se la codiciaban todos.

★

Al poco tiempo, una tía de Lanceta, que vivía cerca del arroyo — una lavandera guacha de parientes y afines — le pidió a la señora del coronel que dejaran "retirar" a la muchacha los domingos por la tarde. En una de esas, Gustierra la vió y me dijo apretando las palabras:

—Pero si vieras como se está poniendo Lanceta...

★

Andábamos con "el loco" por la orilla del pueblo, entre un hinojal cerrado, a patadas con los cuzcos garroneros.

Cerca del cuartel hab[ía] […] "filarmónica", a dos r[…] entrada a los que iban sin […]jeres y gratis para los ac[om]pañados.

En la puerta, un milico […] abrazaba las caderas y le tanteaba la boca izquierda del chaleco a los que entraban, buscándole armas. El baile era de la Flauta y el rengo Pérez, dos herejes que siempre andaban buscando menores para explotar. Para "abrirles los ojos", decían ellos.

Lanceta "andaba en eso". Iba a ver al casal, a la Flauta y al rengo, para que le sonsacaran a Lanceta en una salida... La Flauta, muy quemada por la policía, no quiso meterse en el "complot". Y la cosa quedó así nomás, sin terminación.

Una noche de Carnaval, "la viuda alegre" — le decían así a la mujer del finado coronel — se plantó un traje recamado de cuentas y se fué a un baile. Lanceta fué a curiosear a la plaza principal. Bien comida, sin apalear, limpita, se había puesto linda.

★

En el centro de la plaza hervía el trapecio de color. Música hecha de pedacitos de música de acordeón, latas y gritos, giraba igual que la gente. Unos negros con cueros llenos de espejos, portando escobas encintadas, se daban golpes entre la polvareda. Los muchachos chicos se tiraban entre los pies de la gente para atrapar rollitos menguados de serpentinas. El chinerío y los hombres andaban a manotones. Unos disfrazados de caballitos salían corcobiando y hacían calle entre la gente. Y el manoseo y el olor a Carnaval sudado, iba sacando las parejas para los callejones oscuros que acechaban la plaza.

La "dada", despertada de golpe, reía en un grupo. Un hombre la trataba de "mija". Otro, con una nariz grande de cartón, le arrimó la boca al oído y le gritó:

—¡Cucurucú!...

A la "dada" le hizo cosquillas el labio o el grito. Se reía la pobre. La plaza la tiraba hacia el centro. Unos gauchos se golpeaban con unos machetes de palo. Un tipo disfrazado de mujer en cinta, hacía reír a unas negras vestidas de celeste...

Una espiral de gente venía del centro a la orilla y de la orilla al centro. Y allí estaban las picadas de los callejones...

★

Madrugadita ya, Gustierra y yo encontramos a la "dada" llorando en la puerta trancada...

★

Un hijo tiene ahora Lanceta. Recuerdo de un hombre disfrazado de gaucho, a quien no le vió la cara...

Ilustración de

Juan Sorazáb…

UNA CARTA Y UN SUELTO, por H. Cuyler Bunner



La carta

Nueva York, Noviembre 16 de 1893

QUERIDO WILL:

No puedo esperar que lo recuerdes, pero éste es el quinto aniversario de mi casamiento y mañana (llegará mañana antes de que cierre esta carta) cumpliré cuarenta años. Tengo la mente invadida por esos pensamientos que el hábito me hace trasladar al papel, donde puedo expresarlos mejor.

Hace un rato que mi esposa ha acostado a cierta personita que lleva tu mismo nombre. No creas que, a pesar de este acontecimiento familiar, se le ha permitido estar levantada hasta las once y media; marchó a la cama, después de dos o tres lágrimas, a las ocho. Ahora, al oír su vocesita, me dí cuenta de que mi esposa había entrado a su cuarto, según su costumbre, y la seguí. Alzando la cortina pude ver el interior de la habitación. Pero no entré.

La luz de la lámpara, atenuada por la pantalla, producía una mancha de gloriosa claridad, en donde mi esposa tejía, al lado del pequeño. Noté que la sombra de sonrisa que vagaba sobre su carita, era un reflejo de la de su madre. Pestañaba, haciendo graciosos esfuerzos por permanecer despierto, pero la lucidez parecía írsele, bajo el influjo de esa sonrisa que yo adivinaba sin ver. Cerraba los ojos para abrirlos luego y volverlos a cerrar en seguida, dominado por el tierno y feliz sueño de la niñez. Entonces, antes de que mi esposa se levantara para besarlo, dejé caer la cortina y volví sigilosamente a sentarme junto a los restos del fuego, reviviendo mentalmente la escena tan sagrada para mí, y meditando sobre esa indescriptible felicidad que llegó a mí sin yo merecerla.

Me senté, apoyando los pies en la piel de oso que nos enviaste hace dos Navidades. El resplandor de los leños iba persiguiendo a las sombras, alrededor de la habitación, sobre mis libros y mis cuadros y todos los pequeños lujos que halagan mis ojos. Iba sumando, por decirlo así, todos estos tesoros materiales, junto con el de la fama, que el mundo me ha asignado y el tesoro de los tesoros, al que estaba allí, en el umbral del cuarto contiguo. ¿El cuarto contiguo? No. Aquí, allá en todas las habitaciones, en todos los rincones de la casa, llenándola de paz con su amor.

Así me llevaron los recuerdos al día en que nos conocimos tú y yo. De esto hará 22 años en febrero y en 22 años más no podría olvidar aquel horrible primer día en la antesala del "Morning Record". Me parece ver el gran salón sombrío, con sus magros picos de gas, alumbrando malamente a alguna cara detrás de un escritorio y destacando en tristes manchas, la fealdad de las paredes salpicadas de tinta. Afuera caía una fría lluvia de invierno, cuya humedad yo sentía dentro del salón. De la habitación vecina venía un olor a tinta y a bencina que atravesaba el aire brumoso. El zumbido de las máquinas impresoras se dejaba oír desde abajo.

Me senté, con mis ropas mojadas y esperé confiadamente que me llamaran. Tenía entonces 18 años y era pobre como un ratón de iglesia, a pesar de lo cual me sentía lleno de esperanzas, como convenía a un muchacho de mi edad. No pensaba en otra cosa que en el Latín y el Griego, que constituían todo mi conocimiento adquirido en mi único año de colegio. El corazón me latía apresuradamente a cada sonido de la voz del editor, cuando llamaba uno a uno a sus empleados, para indicarles sus tareas. Rogué silenciosamente "que a mí me encomendara una fácil, que pudiera llevar a cabo felizmente".

¡Oh, Will! ¿Recuerdas al viejo Baldwin, con su temible "sea breve", "sea breve", que tenía el poder de alejar toda la capacidad razonadora de la cabeza de un hombre y hacerlo balbucear incoherencias? Todavía permanece en el "Record". ¡Quién sabe cuántos pobres diablos están temblando ahora bajo su voz!

¡Infeliz día aquél! Las horas pasaban lentas, tristes. Hombres pálidos, de ojos hundidos llegaban de la calle y después de arrimar paraguas mojados a la estufa, pasaban a la guarida del león para alimentarlo con noticias, siendo mandados de nuevo a la calle, en nueva pesquisa, con sus paraguas medio cocinados ya. Todos me dirigían una breve mirada de curiosidad y volvían después a sus cosas. Todos tenían algún cometido que llenar; todos, menos yo. Los hombres que habían estado esperando junto a mí, fueron llamados por turno y a todos les había sido encomendado algún trabajo. Quedé solo.

De pronto un nuevo terror vino a torturar mi imaginación: ¿no se habría olvidado mi superior de su nuevo recluta? ¿O no habría podido encontrar una tarea lo suficientemente humilde para mis aptitudes? Esto me llenó de vergüenza al principio; pero luego re-...é. ¿Por qué habría de despreciarme? ¿Acaso no me asistía ... de ser sometido a una prueba? ¿Había algún trabajo ... fuera capaz de hacer? Yo iría hasta él y le diría que fuí ...trabajar; y haría que me diera trabajo. Pero no. Simplemente ...biera gritado y mandado al asiento como a un escolar. Me ... a aguantar en silencio mi humillación. Al levantar la vista, te ví entrar con tu radiante y rubia faz de muchacho, saludando con entusiasmo a todo el salón. Maldije en mi interior tu aire despreocupado y la confianza en tí mismo que evidenciaba tu aspecto. ¡Qué gran deseo de lucha y de éxito despertaste, tú el repórter, en mí, el novicio.

En eso se oyó el ansiado y temido llamado: ¡Barclay! ¡Barclay! Me dirigí al interior a tomar órdenes y volví a salir, con una expresión tal de azoramiento y de confusión, que de seguro Baldwin me creyó idiota. Entonces tú viniste hacia mí, tratando de trabar amistad en una forma superficial y ligera que escondía tu noble intención. Me hiciste unas cuantas indicaciones acerca de la manera de obtener una información completa sobre la reunión bienal de la Sociedad Mineralógica Post-Pliocena, sin tener que internarme demasiado en el período Post-Plioceno. Desde ese momento estaba decidido a batirme por tí hasta la muerte.

Queda banal decirlo; pero la amistad comenzada con varonil y servicial bondad, ha continuado con mutua confianza y lealtad por espacio de 22 años.

Fué en la primavera que resolvimos habitar juntos en un cuarto en el barrio de San Marcos. Un grande y pobre cuarto en verdad, que por doce largos años nos soportó a nosotros con todas nuestras esperanzas, desesperaciones y alegrías.

Creo que no he olvidado un solo detalle de esa habitación. Allí está la vieja y generosa estufa que contiene nuestro fuego (cuando podemos tenerlo) y más allá una gran mesa de segunda mano, nuestra primera compra, a cuyo lado nos sentamos a divagar en los raros momentos de descanso.

Tu escritorio, con el manuscrito de tu "Concordancia de la Economía Política" está a la derecha. El mío está a la izquierda, con mis comedias y poesías a medio hacer. Hay dos pobres catres muy angostos: el tuyo a la izquierda de la puerta. El mío a la derecha. ¡Qué raro me parece ver todo eso tan claramente, ahora que todo está cambiado!

Me veo a mí mismo, llegando a casa a la una de la mañana, arrastrando mis cansados pies por esas lóbregas y tortuosas escaleras, asiéndome del desvencijado pasamanos. Abro la puerta; puedo sentir aún en la mano el pequeño y anticuado picaporte) y miro a la izquierda. Tú estás ya en casa y te has acostado. No necesito mirar hacia la mesa. Allí hay un poco de dinero de nuestro tesoro común. Y según nuestro pacto, yo sé que sobre esa mesa hay dos botellas iguales de cerveza, medio pan de centeno y una doble ración de queso suizo. Tú estás engañando tu apetito con el sueño, porque ninguno de nosotros puede comer antes de que llegue el otro. Te despertaré para que participemos juntos del festín y luego haremos proyectos, como de costumbre.

Y ahora, con los pies apoyados en la piel de oso, que una docena de nosotros no hubiera podido comprar en aquellos días, reconozco que me cuesta considerar todo aquello como un recuerdo.

Aunque no dejé adivinar nada, el día que tuvimos que separarnos, anhelé que la muerte se abatiera sobre mí.

Hay una gran diferencia entre nuestros dos casos. Tú, respondiendo al llamado del amor, hiciste lo indecible para ganar dinero por medio de tu pluma, y lo conseguiste. Te fuiste a Aguas Tranquilas a casarte con la hija del juez, y a convertirte en acaudalado propietario y en millonario, tal vez. Pero: ¿y yo? Quedé abandonado en el tercer piso de la pobre casa de pensión, sin mi mejor amigo, sin esperanzas y con mi última novela rechazada por todas las revistas.

No hablaremos de eso. Déjame volver a mi confortable biblioteca con los libros, los cuadros y el alegre fuego. Déjame apoyar los pies en la piel de oso y escuchar el paso de mi esposa en el cuarto vecino.

Estoy seguro de que en tu interior, una voz se lamenta añorando aquellos días. Lo sé.

Tal me sucedió a mí al principio, en la increíble felicidad del primer año y hasta después del nacimiento de mi hijo. ¿Sabes?

★

Pasaron meses antes de que pudiera aceptar a la criatura como a un hecho. No me convencí de su existencia real, hasta que comenzó a mostrar los ojos de su madre. En aquellos días algo de mi antigua vida empezó a removerme.

Sé que no habrás olvidado aquella vez que caminamos desde la noche hasta la salida del sol. Aún recuerdo el calor que hacía a medianoche, cuando dejamos la oficina, y la luz de la luna que nos invitaba a huir del resplandor del gas y del parpadear de los faroles. Caminamos mucho. Fué desde un cerro que vimos los primeros colores del alba. Nos sentimos libres, sin ningún lazo que nos uniera a la tierra. Todo lo que dejábamos detrás se reducía a unas cuantas carillas borroneadas.

Bien. El mismo espíritu desordenado y aventurero se ha adueñado de mí. Son las ocasiones en que, momentáneamente tiendo a olvidar que tengo esposa e hijo. Es la historia de todo hombre casado. De todo hombre normal, al menos.

Al principio estuve atemorizado y luché contra él, como contra algo tangible que se cernía sobre mí, y me acusé interiormente de infidelidad. ¿Qué necesidad tenía de luchar? ¿Qué necesidad de vencer a rebeldes e imaginarios enemigos, cuando el amor de mi compañera obraba el milagro que hace de dos espíritus uno?

¿Qué hace tan perfecta a este unión? ¿Por qué razón estamos destinados a ignorarlo siempre? Sabemos que le ha sido dado a un hombre, en forma sutilísima, ver el alma de una mujer como ve la suya propia y a una mujer mirar el interior del corazón de un hombre, como si fuera en realidad el suyo.

Quisiera expresar mi agradecimiento, por toda esta vida y por el maravilloso amor, que ha hecho de mí un hombre, no sólo ... más feliz, sino (como creo con humildad) más sabio, más inteligente.

Me pareció oír un crujido detrás de mí. Dentro de un momentito mi esposa entrará despacio en la habitación y así llegará hasta donde estoy sentado. Apoyará suavemente la mano en mi hombro izquierdo, mientras la otra se deslizará por el brazo que escribe, hasta apretar con cariñosa firmeza la mano que sostiene la pluma.

"Sólo unas palabras más para Will y para su esposa, querida" — le diré y ella soltará mi mano y levantará la suya para acariciar el cabello gris de mis sienes. "Salúdalos de mi parte" — dirá — "y recomiéndales no vayan a faltar esta Navidad. Quiero que vean cómo ha crecido nuestro Willy". Y cuando diga "nuestro Willy", su mano presionará ligeramente mi hombro y acercará su cabeza a la mía; entonces me volveré y la miraré en los ojos.

Ten paciencia, querido Will, hasta que te explique porqué escribo esta carta y el significado que tiene.

Vengo ocultándote algo desde hace seis meses. Estoy enfermo del corazón y el médico ha declarado que puedo morir en cualquier momento. Yo sé que ese momento está muy cercano. Pronto me echaré sobre el angosto catre y no sé si mis ojos verán el sol de la mañana próxima y el cuarto que acabas de abandonar. Porque estoy en el pobre cuarto de siempre, Will, y no hace diez años, ... dos días, que te has ido. El cuadro que me pareció real, al escribir estas páginas, ha desaparecido y la triste llama de gas se va extinguiendo poco a poco. Desde aquí oigo el rugido del último tren de Harlem. El viento susurra y lucha en la chimenea, arrojando al suelo una ceniza blanquecina. Acaba de quemar las poesías y la comedia.

Los dos escritorios están vacíos ahora, y demasiado pronto las dos sillas vacías se mirarán sobre la mesa desmantelada.

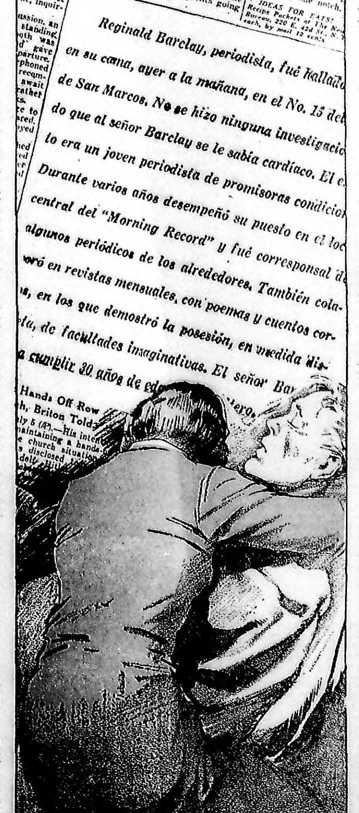
¡Qué sueño poderoso he forjado en medio de toda esta sordidez! Casi lo creí realidad. Ahora mismo me ha parecido oír un paso de mujer y me he dado vuelta.

Que la paz sea contigo, Will, en toda la plenitud de tu amor. Me voy a dormir. Quizá volveré a tener el mismo sueño. Cuando esté muerto, desearía que al recordarme, me imaginaras, no como fuí, sino como quisiera haber sido. He querido dejarte la impresión de una vida más llena de afectos y de esperanzas, que la que realmente viví, y de fijar en tu memoria un retrato mío, que no dejarás de evocar cuando tengas una hora de reposo, y tiempo para pensar en el amigo a quien conociste bien; pero que conocerás mejor, tal vez, ahora que está muerto.

El suelto

(De El Heraldo de Nueva York, Nov. 18 de 1893)

Reginald Barclay, periodista, fué hallado muerto en su cama, ayer a la mañana, en el No. 15 del barrio de San Marcos. No se hizo ninguna investigación, dado que al señor Barclay se le sabía cardíaco. El extinto era un joven periodista de promisoras condiciones. Durante varios años desempeñó su puesto en el local central del "Morning Record" y fué corresponsal de algunos periódicos de los alrededores. También colaboró en revistas mensuales, con poemas y cuentos cortos, en los que demostró la posesión, en medida discreta, de facultades imaginativas. El Sr. Barclay iba a cumplir treinta años de edad, y era soltero.



El Crimen de la Calle Esmeralda

Del Archivo del Dr. Carlos Malagarriga



JERONIMO Bosqué y su esposa, Antonia Velazco llegaron a esta ciudad en 1908: matrimonio desavenido por notoria infidelidad de la esposa, aquí no se restableció la normalidad conyugal. Si en Sevilla las andanzas de la hermosa Antonia pusieron en tal ridículo al marido que hubo de liquidar su modesta peluquería y venir adonde no se les conociera, aquí encontró la mujer mayores facilidades para la vida que le gustaba. Trabajaron ambos en una quinta cercana a la Capital, y lo que ahorraron de su salario de seis meses, lo invirtieron en establecer aquí un taller de planchado. El marido trabajó en él, pero pronto echó de ver que Antonia aprovechaba las salidas que según ella el negocio requería, para sus devaneos. Se levantó el taller; Antonia dijo que se iba a dedicar al trabajo de peinadora. Jerónimo aceptó y se colocó de cocinero en el Plaza Hotel. Se trataba de un hombre de familia modesta, pero que le había dado una excelente educación: conservo en mi archivo un diario de su vida correctamente escrito en que el autor analiza sus sentimientos y los contrasta con las situaciones que su mujer le ha planteado; hace agudas observaciones, pero vive dominado por una pasión: la hermosura de su mujer le enloquece, hasta llevarlo a perdonarla después de cada aventura; últimamente parece que su mujer se ha normalizado; tiene un amante; ¡el mismo! desde ocho meses atrás: Al fin, el marido burlado pide la intervención de la policía: un comisario "meterete", para distraer sus ocios, pues el asunto no era de su incumbencia, hace comparecer al triángulo y se queda asombrado de la humildad del marido, la indiferencia desdeñosa del amante y la altivez de Antonia, que insulta al uno y al otro. Los echan a la calle.

Jerónimo entonces resuelve volver a España; pero de aquí a Santos le trabaja una idea, no la de vengarse, sino la de volver a ver a su mujer: su recuerdo sigue trastornándole... Deja en Santos el vapor que sigue para España y regresa a Buenos Aires. Aquí sabe que Antonia vive en Esmeralda 962, un pequeño departamento que es el nido de los amantes. No importa: la verá, ella no podrá negarse a sus súplicas. Y en la misma tarde del día de su llegada sube al domicilio de la adorada... y efectivamente cae a sus pies implorándole amor, le promete no molestarla en adelante; él no quiere más que estar a su lado. La mujer desprecia a aquel harapo humano y le dice que se vaya y que "el otro" está por llegar y lo echará a empellones. En efecto, llaman en aquel momento — no era el amante — y Jerónimo, que no se había sentido el "hombre" que Antonia siempre necesitara, ni en España ni aquí, suma todas las humillaciones sufridas y reacciona en forma violenta: tres tiros certeros dan en tierra con la mujer, y mientras los vecinos asustados se asoman a sus puertas, el matador baja a saltos la escalera, llega a la calle y se entrega al vigilante de la esquina.

Se tramita con rapidez el sumario, al air a cerrar el cual el juez de instrucción doctor Gollegos requiere la opinión del Ministerio Público: el fiscal Avellaneda, en una vista comprensiva y elocuente, dice que el caso es de sobreseimiento definitivo: el autor ha cometido el hecho en estado de ofuscación total. El juez pasa la causa al de sentencia, Dr. González Roura, que requiere al Ministerio Público a que acuse, y no pudiendo hacerlo el Dr. Avellaneda, lo hace el doctor Ramos Mejía, quien se expide pidiendo la pena de muerte contra Bosqué, autor de uxoricidio alevoso. El juez falla condenándolo a 18 años de presidio.

Fué entonces cuando se me ofreció la defensa. Prontamente eché de ver un error capital de procedimiento. La sentencia se fundaba principalmente en las conclusiones periciales de unos médicos de los tribunales que no sólo no apreciaban en el reo la locura ocasional que otro peritaje había fundado científicamente, sino que se permitían transcribir una supuesta declaración que Bosqué les habría hecho, de la que resultaba la premeditación. Por suerte, tal pericia era nula: a los peritos no se les había tomado el juramento de ley. Así lo expuse a la Cámara. Pero, añadía, que para el caso de que así no se declarara y el Tribunal creyera deber entrar en el fondo del juicio, nunca podía confirmarse la sentencia del inferior. En mi escrito resumía el caso de la siguiente forma:

"Sin añadir elemento dramático alguno, sólo con los que constan en autos, se puede armar una tragedia muy honda que conmovería eternamente a todos los públicos: no faltaría en ella un detalle de alta estética, la hermosura de la mujer, extremada, según dicen todos, y el marido no se cansa de repetir. Pero en la presentación acertada del tipo que éste encarna, es donde la supuesta tragedia hallaría más seguridades de triunfar: no es un celoso al modo de Otelo, que ruge cuando cree que le quitan lo suyo y le envilecen, ni un vengativo como Juan José, que se escapa del presidio para cobrarse la deuda de infidelidad de su querida; es un enamorado, un pobre, un incorregible, un inaudito enamorado; quiere a su mujer con el verdadero amor, que busca ante todo la felicidad del ser amado, aunque sea en perjuicio propio: ni siquiera la desea carnalmente: tiene conciencia de que en este terreno el caso, para él, es perdido (me remito sobre esto a las sagaces observaciones del señor agente fiscal doctor Avellaneda). Quiere estar cerca de ella, contemplar su peregrina belleza, sentirla a su lado. Si van de paseo y ella, coqueta y menospreciándole, se adelanta como si fuera sola y Jerónimo no existiese, éste queda más triste que si acabara de constatar una infidelidad de su alocada esposa. Las que ésta comete le preocupan, y en ocasiones le aconsejaron resoluciones decisivas, pero cuando se siente verdaderamente herido, es cuando Antonia huye de su lado. Entonces el dolor se hace insufrible: la entrevista de la comisaría fué buscada quizá únicamente para ver a la ingrata. Allí se imaginó que con un abrazo la reconquistaría. Fué el mismo error de la última entrevista: creer que dos fríos besos cambiados resolverían la discordia.

No comprendió Jerónimo que a hembras de tal "trapío", como dicen en su tierra, se las domina y se las doma con energías morales y físicas de la que él andará siempre muy escaso.

"De cualquier modo, el éxito de un dramaturgo estaría asegurado con sólo mostrar al desnudo las vacilaciones y las torturas, los escasos goces y la larga cadena de tristezas y decepciones de este pobre hombre: siendo él el personaje central, éxito seguro. El drama en sí, tendría algún valor en cuanto ayudara a revelarnos todos los pliegues del alma atormentada del protagonista: no por sus incidentes, casi todos vulgares, ni aun por su desenlace previsto desde las primeras escenas y también vulgar. En cuanto a los demás "dramatis personas", no ofrecerían tampoco mayor novedad: la esposa quizá tendría algunos perfiles interesantes: novia apasionada y lujuriosa, esposa traidora embobada con su hermosura y que al fin rompe por lo que siempre había pensado como último recurso, ponerla en circulación; esa mujer es un verdadero fantoche que se pasa la vida despreciando a su marido y buscando el amante ideal que cree haber encontrado en Pedro Recarey. Este es un personaje accesorio y sin relieve; se ve que se siente molesto por el carácter trágico que ha tomado una aventura tan pedestremente iniciada en la casa de peinados de Lola. Esta y el fotógrafo de su marido son también dos buenas piezas, taimada aquélla, intrigante y buen "caften" éste; entre una y otro colocada Antonia, la de la clientela abundante y presurosa, la andaluza que se siente con ánimos de triunfar en América, cobra su verdadero relieve.

"No faltaría en la obra que estamos imaginando, el personaje cómico: el portero de la casa de la calle Esmeralda, que, en el momento culminante, huye, huye, huye, al contrario de la princesa, que, según el poeta, ríe, ríe, ríe. Y que luego viene a contar (fojas 9) que, después de la última detonación se decidió a bajar la escalera y a pedir auxilio cuando daba la casualidad de que llegaba un vigilante (es decir, el que Jerónimo había avisado, entregándose, en lo cual siempre se había invertido algún tiempo que para el testigo no ha existido ¡tal fué su pánico!)"

★

La Cámara, sin resolver el punto de la nulidad, modificó la sentencia del inferior. Fijó la pena en 10 años.

Y poco tiempo después Jerónimo Bosqué veía su pena conmutada por la de destierro. De la Penitenciaría fué conducido al puerto: desde Montevideo me escribió, desanimado, sin rumbo. ¿Qué diría a su familia, a sus amigos! Y tenía el infeliz, todavía, un recuerdo para la amada...